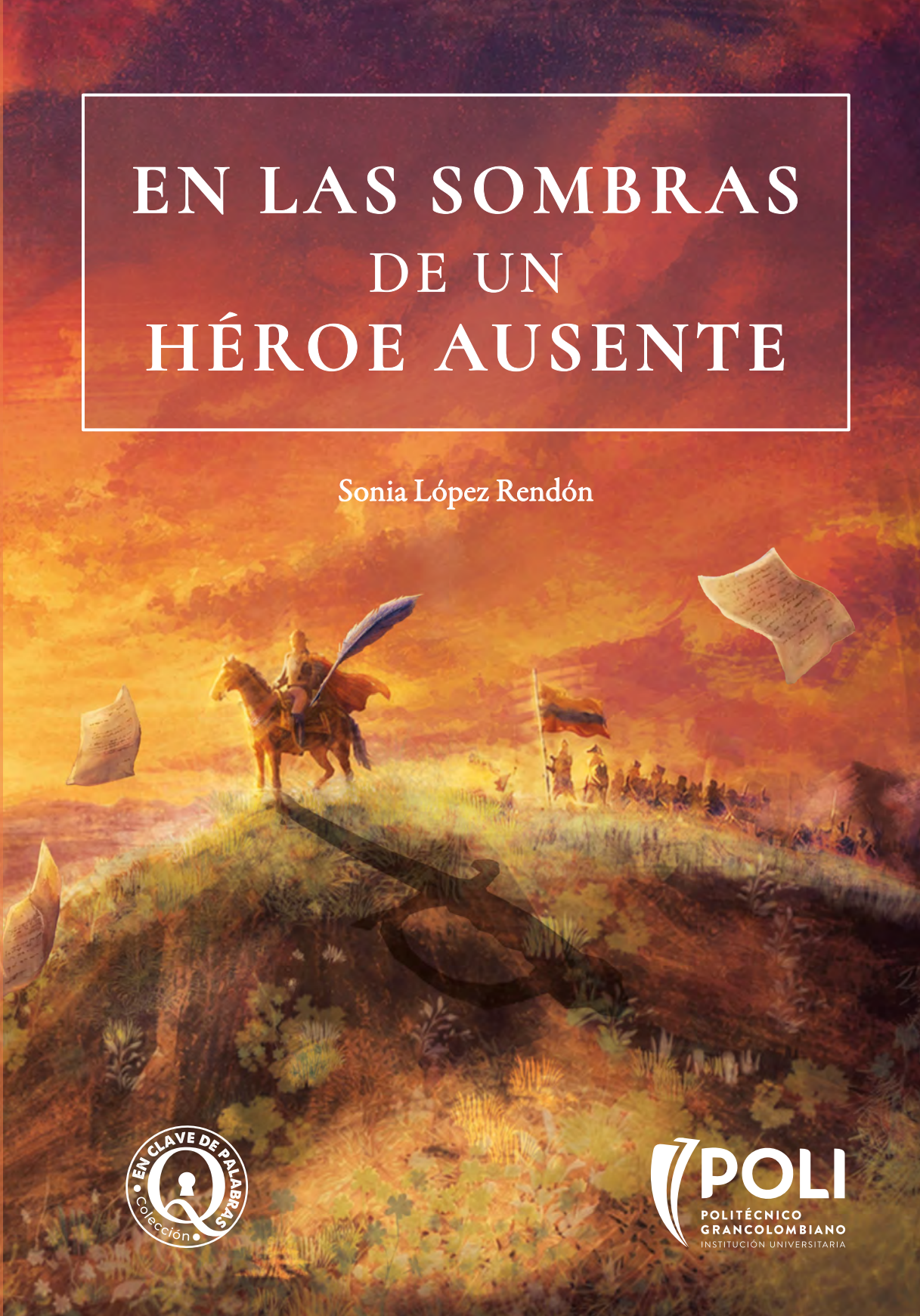
EN LAS SOMBRAS DE UN HÉROE AUSENTE

Sonia López Rendón



EN CLAVE DE PALABRAS
Colección

POLI
POLITÉCNICO GRANCOLOMBIANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

En las sombras de un heroe ausente

Sonia López Rendón

En clave de palabras
Colección

POLI
Politécnico Grancolombiano
Institución Universitaria

López Rendó, Sonia.

En las sombras de un héroe ausente / Sonia López Rendón ; -- Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano, 2026.

156 p. : il. col ; 16x23 cm.
ISBN 978-628-7840-32-4
EISBN 978-628-7840-31-7

1. Literatura colombiana 2. Amor en la literatura 3. Simón Bolívar 4. Manuela Sáenz 5. América Latina -- Guerras I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano II. Tít.
SCDD 863.7 Co-BoIUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano

Calle 61 N.º 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

© 2026
Todos los derechos reservados.
Primera edición, octubre de 2026

En las sombras de un héroe ausente

ISBN: 978-628-7840-32-4
e-ISBN: 978-628-7840-31-7

Autora
Sonia López Rendón

Equipo editorial

Director editorial
Guillermo A. González T.

Analista de producción editorial
Mónica Quintana Rey

Corrección de estilo
Leonor Delgado Vanegas

Diseño y diagramación
Valentina Reina Garcés

Ilustraciones
Daniel Felipe Urbina Bejarano

Narraciones
Carlos Enrique Núñez Núñez
Sonia López Rendón

Impresión
Xpress Estudio Gráfico y Digital

¿Cómo citar este libro?
López Rendón, S. (2026). *En las sombras de un héroe ausente*. Editorial Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.

El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano pertenece a la ASEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma *ISO 9001:2015*, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.

Agradecimientos

Estoy especialmente agradecida con la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano y con todo su equipo editorial por su interés y el valioso apoyo brindado para la publicación de esta obra. Reconozco profundamente el compromiso de la Institución con la difusión de obras literarias que exploran la complejidad de las relaciones humanas, resaltando el valor de la prosa como vehículo para la expresión del sentimiento. Su respaldo ha sido fundamental para llevar a cabo este proyecto que se propone mantener viva la literatura para fortalecer la creatividad y la exploración del amor como un lenguaje propio del ser humano.



Dedicatoria



Al hombre que busqué en muchos hombres.
Al hombre que encontré en la flor de la juventud.
Al hombre que recibió mi amor, dejando de lado mis faltas.
Al hombre que me empeñé en buscar por toda la vida.
Al hombre que esperé pacientemente y amé sin condiciones.
Al hombre que nunca entendió que amar,
es turbar la morada de nuestros sentimientos.



Índice

Presentación	10
Los pliegues del tiempo	13
La llama de la libertad	16
El día que los Andes bailaron	19
Los susurros del alba	22
Lágrimas de Abril	26
Desde la Plaza de Santafé	30
La Pampa de Junín	32
Entre los cielos de Lima y Quito	34
La promesa de un viaje	36
Espérame en la Quinta de Los Libertadores	38
La espada del Perú	40
Disculpas	43
Despedida	45
Epístola de un adiós	48
Un viaje inesperado	50
Camino a Venezuela	52
Renunciando al pacto	54
Llanos Venezolanos	57
Abatimiento	59
Diciembre en Puerto Cabello	61
Sublevación en Guayaquil	64

Reminiscencia 66
Juramento ante el Congreso 68
En Ocaña 70
Libertadora 72
En la fiesta de agosto 74
Ingratitud 75
Súplica de amor 76
Conspiración septembrina 77
Pasos en el silencio 79
Mensaje secreto 83
Noche en Portocarrero 84
Confesiones en Santafé 86
Penitencia 87
¡Bogotá! 89
Camino a la batalla 91
Portete de Tarqui 93
Rumbo al Ecuador 95
El camino de Azuay 97
Cuando el amor vence a la cordillera 101
Ausencia eterna 103
Cerca al Palacio de la Carrera 106
El reencuentro 107

Los pasos que él no escucha 108
Padecimiento 110
Diario de Manuelita 112
Decepción de patria 114
La renuncia 117
Despedida irremediable 118
Carta desde Guaduas 121
Una esperanza 123
Un último suspiro 125
Esperando ir a su encuentro 126
Para un noviembre 128
Presentimiento 131
Cuando el alma se viste de luto 135
A la memoria de Bolívar 136
Hacia el exilio 139
Esperando la muerte 142
Melancolía en el tiempo 143
Añoranza 145
Tristeza 147
Recogiendo sus pasos 148
Arrugas en el tiempo 150
Despedida de la caballeresa del sol 153

Presentación

La pluma de Sonia López Rendón teje una intrigante historia donde la nostalgia y la memoria se entrelazan para dar voz a aquellos sentimientos que escapan a las definiciones convencionales. La autora destaca que la historia se escribe, se escucha, se pinta y se canta, haciéndonos saber que la inmortalidad solo se alcanza a través de la memoria de los hombres en los que todavía habitamos.

Es así como la autora alude a Simón Bolívar y a Manuela Sáenz para explorar, a través de la prosa, los matices del sentimiento amoroso, desde la idealización y la devoción, hasta la frustración y el reclamo, revelando la dualidad inherente a una relación marcada por la distancia, la imposibilidad y los conflictos históricos. Este libro es una invitación para sumergirse en un torbellino de emociones, donde se intentan narrar los sueños y la intimidad de un amor imaginado en medio de batallas y conquistas, tomando como referente a dos personajes emblemáticos de la historia independentista de América Latina.

Serás testigo de cómo Manuela se convierte en la única mujer capaz de transitar los laberintos de las convenciones sociales y políticas, manifestadas a través de cartas apasionadas que la autora construye y recrea —para describir el anhelo y los reclamos constantes— en una devoción inquebrantable y absoluta hacia el libertador. Recuerda también la historia en la que Manuela y Bolívar se escribieron profundas cartas de amor.

Prepárate para conocer a una mujer, testigo del tiempo, tejedora de remembranzas, cuyos ojos conservan intactos los recuerdos. Su historia es un viaje a través del tiempo, donde el amor persiste y plantea una lucha contra el olvido, trascendiendo más allá de los cambios históricos, para convertirse en un legado que perdurará a través de las generaciones.

Acompaña a "Manuelita" en su lucha contra la soledad y el olvido, mientras espera el regreso de su amado y se debate entre la esperanza y la desesperación. *En las sombras de un héroe ausente* es una obra que nos invita a explorar las profundidades del alma humana, a cuestionar los límites del amor y la pasión, y a reflexionar sobre el legado de aquellos que lucharon por la libertad y la justicia.

Déjate seducir por esta historia, donde las palabras se convierten en el arma más poderosa y los sentimientos se desbordan en cada página. Sumérgete en estas sombras y descubre un mundo de emociones intensas que te cautivarán desde el principio hasta el final.





Los pliegues del tiempo



ajo el ocaso de noviembre de 1834 muere la tarde en Paita, mientras el viento susurra en los tibios recuerdos de Manuela; un débil corazón que camina al mismo compás de la mecedora de mimbre en donde ella reposa frente al mar. El olor del viento salino se cuela por las pequeñas grietas de una casa vieja en la que las puertas gimen de amargura. El mar se pliega como pétalos marchitos sobre el regazo de la tarde, pero en sus ojos negros todavía se refleja el fuego perpetuo de un amor forjado sobre un sueño de libertad.

La tarde se derrama sobre el mar y los besos vienen a la mente como olas que no quieren llegar a otra orilla. Allí está Manuela. Sentada sobre el arrullo de clarines que le recuerdan perfectamente el sonido de los cascos de Palomo, revelando la llegada del general, mientras la alcoba, ataviada de promesas, lo esperaba una noche más. Manuela cierra los párpados, empuña sus manos y el tiempo se pliega como un acordeón: ya no es la mujer de cabello azabache ni corazón fulminante; solo queda la mujer que el destierro ha llevado, como náufraga sin sombra: Manuela.

Mujer de blancos cabellos y de senos como las montañas de Cayambe, de manos arrugadas como las suculentas deshidratadas por el tiempo. Sus dedos, temblorosos y débiles, difícilmente podían sostener la aguja con la que teje los recuerdos. Los surcados labios conservan la sonrisa de siempre, y la nostalgia que viene intacta, acompañada de los sentimientos.

Reflejado y perdido con el tiempo, está su rostro; sus rojas mejillas de quiteña, desteñidas ya por los años; esos años que van cambiando todo, menos el amor.

El mar de Paita es el lienzo en donde ella reescribe sus últimos recuerdos, mientras se postra frente al azul reteñido de las aguas que le permiten evocar su más grande amor. Despierta del sueño y agitada en la habitación, reposa, mientras de su pecho cae una lágrima que abre camino en medio de los senos, vírgenes como las montañas. Impaciente y ambivalente es el corazón que amenaza con explotar, al igual que un volcán impredecible en la noche más oscura.

Termina el amanecer para Manuela y Bolívar, y solo queda la noche con una enorme resaca en la que la celebración y las conquistas los llevan a renunciar a la ropa. Bolívar confiesa su deseo por ella y la incita a entrar en orgasmos.

Sin pronunciar palabra, Manuela dispuso sus labios para Bolívar, enredándose en los besos y el sudor de las batallas y en el olor de sus otras amantes, que hasta entonces nunca habían tocado su alma.

Dieron libertad y se fueron desnudando, en la debilidad de las carnes, sin pensar que tendrían que vivir en las sombras y en una eternidad en la que jamás podrían reflejarse.

La Patriota olvidó lo que le habían encomendado, cambia su cuchillo por otro más poderoso: la palabra que corta el corazón en dos. Bolívar cierra los ojos para que el cuerpo no controle por completo sus impulsos, y, sin darse cuenta, rápidamente se cobijó con la piel de su Manuela. Juntándose en un solo abrazo y en un solo beso, contemplan bajo su cielo las estrellas ya muertas hace miles de años.

Ella desabrochó, uno a uno, los botones —oxidados ya por los inclementes tiempos— y con sus manos se aferra a la espalda del hombre, flaco y cansado de luchar contra la vida. La pasión hace fuertes a los cuerpos ante esa yerba espinosa en la que Manuela y Simón se tumban, y el suelo se convierte en finas plumas de ganso, parecidas a las que solía traer su marido inglés de los largos viajes a Inglaterra.



La llama de la libertad



anuelita Sáenz, para el año de 1821, en contra de cualquier fatalidad ya escrita, emprende camino hacia la batalla de Pichincha. Sobre la tierra sedienta de libertad, su delgada figura se envuelve con las ropas de un soldado y es acompañada por la poca fe de Sucre, quien pregonaba que una mujer se quebraría, como rama seca, ante el primer rugido de un cañón. Allí estaba ella, intrépida y furiosa, volando como centella frente a cualquier ataque. Nunca sus ojos —hasta ese momento— habían contemplado el rostro del Libertador, pero su espíritu de patriota se encendía en su pecho, con la esperanza de conocerlo pronto.

"Ya las tormentas pasaron bajo las faldas de este volcán, y partió hacia Quito a llevar el mensaje secreto. Sin duda, voy rumbo a defender la Gran Colombia, pero, sobre todo, voy a demostrarle al general Bolívar, todo el amor de patriota. No puedo negar que tuve mucho miedo, pero mil veces me pondría este uniforme, sí sé que voy a vestirlo por la libertad. Yo deseo conocerlo pronto, general, para arrancarme la amargura y esta soledad, que me ha encadenado, sin remedio, a la libertad".





El día que los Andes bailaron

La tarde del 16 de junio de 1822 se dibujó, cual pentagrama, sobre las cumbres andinas, mientras que Quito se vistió de celebración entonando una sinfonía de gloria que sería escuchada por toda la historia. Y él apareció, cabalgando por la calle principal de Quito y vestido de gala, con los colores más vivos del jardín; como si la vida se hubiera detenido en el tiempo. Y esa imagen se grabó como el amanecer hecho de seda pura. El gran triunfo de la batalla de Pichincha trajo consigo olor a esperanza y fortaleza a los corazones; el júbilo desbordante de un fervor patriótico volvió a renacer en Quito. Desde las ventanas desteñidas de la ciudad se atisbaban sonrisas que brillaban como cucuyos alumbrando los corazones. El mercado se detuvo ese domingo y las campanas de la iglesia replicaron: "¡Viva la libertad!".

En medio de este océano de júbilo apareció ella, Manuela, buscando al Libertador entre el aire espeso de la gente, como si el destino mismo ya tuviera escrito su encuentro. El balcón en donde Manuela se sembró como antorcha, era simplemente un altar en el que se encendía un amor infinito, mezclado de belleza y admiración hacia el Libertador.

La noche se vistió de estrellas y el viento danzaba sensual en los cabellos de Manuela, cuando ella ingresó al gran salón. Bolívar dirigió sus ojos con la emoción del triunfo, y el palpitar en su pecho no se hizo esperar, sintiendo en su corazón una libertad absoluta y jamás imaginada. Quito danzaba el triunfo de la batalla, y el destino tejió el amor invisible en dos corazones destinados a amarse con la misma intensidad con la que se venera a la libertad.

La distinguida dama sorprendió al Libertador con su retórica, con el conocimiento tan preciso de la política, ajena a cualquier señora de la época. Manuela se hizo seductora para él, y atenta vigiló cada uno de los movimientos, cada una de las palabras que él pronunciaba. Toda conversación se tornaba interesante en medio de las copas, que no tenían problema en mostrar a los distinguidos caballeros. Manuela ya estaba acostumbrada a tan variados temas y, aprovechando un minuto a solas que tuvo con el libertador, lejos de los bullicios, se acercó por la espalda de él, y en voz baja, casi be-

sando su oreja, le dijo a Bolívar que la diferencia entre los nobles y los esclavos no era ninguna; que el amor lo sentían todos, la misma pasión de los cuerpos desnudos. —¿No lo crees?— ella le preguntó. Bolívar dio la vuelta y, mirándola fijamente, le contestó: "es que los únicos esclavos que deberían existir son los esclavos del amor, servir a la pasión desmedidamente, sin dar nombre a lo que se siente". Bolívar dejó escapar un suspiro que enrojeció sus mejillas, mientras que Manuela asintió con una sonrisa y, en voz muy baja, le susurró a Bolívar que preferiría ser una servidora en cuestiones del amor.

La conversación fue interrumpida por el canto de Villanelli, que los llevó al salón a bailar. Sus cuerpos están en el salón como dos constelaciones; él extiende su mano como un puente hacia ella, el mundo entero se queda en silencio, mientras ellos llevan un compás, deteniendo la respiración, hasta que la melodía se vuelve un himno de libertad que parece transformarlos perfectamente, uno para el otro.



Los susurros del alba



l acontecer de la batalla de Pichincha en el año 1822, vino con un amanecer alboreado y las últimas velas de cera que el tiempo habían consumido, se llevaban las sonrisas de los señores que se atribuían la gloria de libertad. El salón de la gran villa se transformaba en un testigo silencioso de una noche que pasaría a la historia; los frescos blancos del techo atenuaban las sombras de cada uno de los invitados que iban saliendo, antes de que los primeros rayos del sol dejasen ver los rostros fatigados y el sudor de las frentes, como pergaminos desgastados. El gran festejo de la villa fue la excusa para que Manuela y Bolívar, bajo la doble moral de la sociedad quiteña, escribieran un destino casi invisible, imborrable y marcado, desde ese día, por la espera y la soledad. Cada acorde musical era un arrullo dulce, cada paso de baile una caricia robada al tiempo.

Ella apareció en sus sueños, dejándolo indefenso con la palabra. Para Bolívar, de nada sirvieron los ejércitos, ya nada pudo hacer frente a la pasión envilecida que nació entre los dos. Sugerida por la razón, llegaron a su cabeza imágenes de su cuerpo privado,

sin dejar las sensaciones en paz. Bolívar ya no pudo apartar de su imaginación la intimidad al descubierto de su Manuela. Su cuerpo empezó a manifestar los deseos por esa mujer, al igual que sus ejércitos cuando se empeñaron en conquistar tierras lejanas.

La noche moría y con ella las damas se retiraron, en una marcha nupcial, del salón. Bolívar buscó con la mirada a Manuela, mientras ella caminaba del brazo de su marido inglés; escena que obligó a Bolívar a poner nuevamente los pies en la tierra y le hizo recordar que ya hacía tiempo se había quedado solo. Sus miradas se entrelazaron en un solo fuego de pasión, mientras las manos tibias manifestaban un adiós que dejaba en los dedos una caricia robada al tiempo. El salón volvió a convertirse en una cárcel en donde se condenaban a la imposibilidad de vivir.

El amor es esquivo y el general solo pasaría una noche de pasión; pues él no pediría la devoción de aquellas mujeres que siempre pasarían bajo sus sábanas, sin ver al hombre malherido; ellas acudirían al otro día para hacer confesiones ante el cura —y no precisamente de amor— solo para la absolución de la mancha que Bolívar habría dejado en ellas.

El tac de las botas se escuchó en el corredor. Bolívar se dirigió hacia la habitación en donde lo esperaba Teresa, mujer que en silencio y en la distancia, aguardaba siempre la llegada de Bolívar. Él se dispuso a ver la figura femenina reflejada por la media luz de la vela, la cual dejaba ver la desnudez sobre ella. Las almas quedaron al descubierto, mientras las miradas se tornaron melancólicas. Las manos suaves de su amante reconocieron la espalda de Bolívar y él saboreó los rosados senos maternales, quedando indefenso como un niño. Con el ritmo cardiaco acelerado, lentamente, las mieles se depositaron sobre el útero de Teresa; Bolívar se despojó de sus protocolos y, sin importar las mil palabras referidas al amor de Teresa, la sonrisa en el rostro del general, lo dijo todo.

A la mañana siguiente, los rincones de la habitación —una vez más— guardan los secretos, mientras Bolívar seguía pensando en aquellas mujeres que siempre lo llevaron a encontrar una misma sensación: esas mujeres que lo amaban desmedidamente y, luego,

lo abandonaban como siempre. Esas mujeres que partían y vivían como cigarras, las que se negaban a fusionarse solo en una. Las amantes, cuando se les requería; las damas, cuando se les nombraba; y las amigas, cuando la soledad llegaba. Ninfas que soportaban cualquier sentimiento, una sola mujer esparcida en cada cuerpo, en cada beso, en cada nombre de mujer, las que le impedían estar acompañado por una sola, y por todas a la vez.

Apareció el sol en el horizonte de Quito. Nuevamente, Bolívar solo. Solo, como siempre, percibió una almohada impregnada de perfume, aroma mezclado a jazmín y sudor de células muertas que prontamente saldrían de la habitación, cuando se abrieran las ventanas, como dejando escapar el pedazo del alma que Teresa dejó impregnada. Es entonces cuando Bolívar se daría cuenta que tampoco ella sería la mujer que borraría del corazón la presencia de su amada esposa María Teresa.



Lágrimas de Abril



esde la fría ciudad de Quito en el año de 1823, se había posado sobre los tejados de la casa de Manuela un manto de melancolía, tejido por el rocío de la lluvia que no terminaba. La ciudad podía atisbarse a través del gran campanario de la catedral que, entre las montañas, retumbaba como cornetas de gigantes. La neblina se respiraba con un olor penetrante a tierra húmeda y a sueños olvidados. Sentada en una mesa tambaleante a la luz de la vela, ya después de varios meses sin romper los eternos silencios acostumbrados por Bolívar, y bajo la noche despiadada y sin estrellas, Manuela traslada sus pensamientos al amparo de su señor. Para Manuela no existía excusa a los muchos meses de mutismo y soledad, otorgados por su amado.

Manuela le escribió a Bolívar recordándole que, desde la noche del 24 de julio para su cumpleaños, no había vuelto a saber de las mil batallas entre los dos, le recordaba que solo ella era su amante.

Busca decirle, en una escritura temblorosa, que una noche con otro, nunca sería tan sublime como una noche con él, sin importar que no hubiera luna. Letras intermitentes, forjadas por la tinta del alma, en donde Manuela le manifestaba y le reclamaba su decisión de navegar en mar abierto, lejos de su cuerpo y de sus besos, tan solo amándolo en la distancia, porque lo extrañaba en todo momento.

Manuela le escribió, dejando que su pluma se la llevara el viento: "Señor mío, sé que profesamos nuestra presencia en los besos diferentes, porque sé que protegerá su cuerpo y llevará el mío, porque conmigo solo vivirá su alma; solo, a lo lejos, intentaré tenerlo por completo. Prométame que me tendrá como su más fiel amante, que me sentirá en la piel, que en su sangre me mantendrá viva. Yo, sola, en la distancia, intentaré seguir sin usted, con el dolor más profundo del alma, a causa de su ausencia; pero sé que luego podré tenerlo por completo.

Nunca conseguiré aceptar a otro porque, sin duda, a nadie amaré tanto como a usted, por desearle a cada momento; y usted sabe que lo llevo en el alma, desde el día en que lo conocí aquí, en Quito, cuando mi corazón aún estaba roto.

Bolívar, cuando usted llegó a Quito para la celebración de Pichincha, mi corazón quedó embargado de tristeza, porque el mismo día en que lo conocí, ya había otra en su cama: "esa señora Teresa", esa que puede cumplir con las expectativas de esta hipócrita sociedad quiteña, de la cual yo tanto reniego. Sé que ni el llanto en las mejillas logrará que yo renuncie al amor que siento por usted. A cambio de sus sentimientos recibo mil heridas que, lentamente, desgarran mi alma y dejan en carne viva mi corazón. Ni sus cien amantes hasta hoy me hicieron renunciar a usted.

Después de un año sin verle, mi corazón siente que va a morir. Mientras tanto, aquí la tarde está gris, señal de que no se refleja el sol en este frío y congelado océano que es mi vientre; usted ya sabe por qué lo digo.

Los besos están ausentes de cualquier sensación, y pacificada está mi alma. Cubriéndome con mi cabellera le escribo, a escondidas de James, desde la ventana de este gran paisaje quiteño, que me recuerda su ausencia todos los días. Yo sigo esperando el momento en que llegue de esa campaña eterna que se ha empeñado en pro-

clamar. Mientras tanto, el verde va desapareciendo en el horizonte, con una estación más. Bolívar, algo me impulsa a ir a buscarle, y es otro invierno que sola esperaré y usted no llegará.

Deseo ser abrazada por el sol de su sonrisa e, infructuosamente, le espero con los deseos que van más allá de esta vida y de mis capacidades, intentando no perder la razón, señor mío. Esta mañana, Jonatás interrumpió mis oraciones y, a escondidas de mi esposo, me entregó la carta que hace tantos meses anhelaba; ¡huele a usted y a sus batallas! Cuando la tengo en mis manos, mis lágrimas —inevitablemente— borran las comas... y esas pausas en el lenguaje ya no se dan... y el deseo me impulsa a atrapar las emociones que solo son letras que —sin duda— me hacen sentir.

Bolívar, sus sueños, sus besos y mis pensamientos me invitan a romper mis carnes, y a sacar mi alma que, con caricias, puedo encontrar en usted. Permítame saber qué ha hecho de su vida. Hago todo para que James no descubra los incontrolables deseos que por usted siento; sobre todo en estas noches de frío, cuando usted llega a mis pensamientos y se mete bajo mi cobija, como una pulga inquieta que no me deja dormir en toda la noche. ¿Dónde están sus besos y caricias tan añoradas? Estoy atrapada entre mis propios huesos y no puedo despojarme de usted, y me asfixio con los recuerdos y la falta suya dentro de mi cuerpo".



Desde la Plaza de Santafé



ay rumores de guerra en el aire, algo sucede allá en la villa y, como fiel patriota, sigo atenta a cualquier acontecimiento. He guardado la fuerza de mi corazón, pero créame que saldría a pelear con todo mi amor, solo para recordarle a este pueblo ingrato el sacrificio que usted ha hecho por vuestra libertad. Los caballos con su marcha temperamental avanzan por un costado de la plaza. Puedo sentir los corazones palpitar, como los tambores que sentencian un último aliento; las melenas de los caballos tan perfectas, como las diosas del olimpo, la fuerza que estas criaturas encarnan, solo me hacen pensar que son ángeles enviados por Dios, que vienen a pelear la guerra infinita de los hombres.

Los soldados desnudan sus espadas para otro combate y nos hacen creer que las fronteras quedaron definidas en una nueva victoria, pero yo sé que es sólo cartografía. Bolívar, mi corazón tiene la fuerza para romper cualquier límite y gobernar con usted en tierras fértiles, llenas de esperanza; esas que busca usted

desesperadamente, esas que lo llevan a encontrar el sueño de la Gran Colombia y que lo han hecho ser de ninguna parte.

Después de ganar la batalla los hombres no saben ser libres; nos acostumbramos a estar sin alas. Las palabras se visten de ventanas abiertas y los corazones quedan indefensos, rompiendo en llanto por una soledad paradójica. Es un leviatán gigantesco esta soledad que viene a cubrir de muerte la plaza; no tardan en llegar los acontecimientos y, finalmente, te quedas peleando solo. —La victoria es vuestra—, y yo sigo aquí, esperándole para celebrar en nuestra intimidad, alzando mi copa, en donde usted saborea la miel de mis senos, y brindamos por ese corazón viejo y desgastado, por ese corazón que no quiero dejar morir en mis recuerdos. Bolívar, no hallaría un hombre de labios maduros y manos de arcilla, un artesano que acaricia mi cuerpo, que es semejante y virtuoso al sol. Solo usted sabe llegar a mi vientre y a la naturaleza que Dios otorgó, con su sabia generosidad, llenando por completo de aliento un loco corazón que sí sabe amar sin límites.

La Pampa de Junín



s la madrugada de agosto de 1824, y por mis huesos se cuela un frío triste y desolador, mientras los caballos cruzan el pantano, como leviatanes en manada, los cuales vienen a llevarse los muertos. Mi corazón no conoce sino el fuerte palpitar y la agonía en la que la vida me plantó un amor exiliado. Nada me hace libre, ni la muerte; solo queda defenderme del deseo y cumplir mi promesa de libertad. Escucho llantos enloquecidos que riegan esta tierra al compás de las banderas las cuales izan la gloria que los sables han logrado establecer. El mal está entre la vida y la muerte que nos abraza y nos rompe a la mitad. El dolor que siento es lo más cercano a este sentimiento que no me desampara desde que supe de su existencia, el cual vino llevándose, como un huracán, toda mi cordura.

Este campamento ha sido testigo de las fuertes gripas que me han dado, por no abrigarme con su cuerpo. Aquí, frente a este inmenso lago, a veces pierdo la razón. Algunas noches, su ausencia me lastima las entrañas y me quedo sin sentido alguno. Soy aquel hombre que destruye y que, a veces, aniquila estas ganas de mi amada loca. Solo me quedan las imágenes suyas, proyectadas en los sueños provocados por las altas calenturas que aquí me dan. Mi lengua emite sonidos extraños, pero no creáis Manuela, que de mi campamento salen gemidos de otras damas; son los gemidos de su ausencia que se cuelan con el viento y llegan a poseerme en mi estado más febril. Espero verle pronto, mi eterna loca.



Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

Entre los cielos de Lima y Quito



elebro la gloria de Ayacucho. Desde esta soledad que impulsa otra vez a mi corazón a responderle a su carta llena de palabras y minúsculas demostraciones. Quiero decirle, mi querido señor, que nunca usted va a olvidar a su señora María Teresa, y espero que jamás lo haga. Deseo hacerle saber que no quiero luchar con otra mujer más, ya con la distancia es suficiente. Usted debe saber lo que siento y el porqué de mis reclamos, que son justificados debido a la ausencia y a que no me cuenta acerca de sus logros. Mire usted, mientras que Manuela lo sigue esperando con la esperanza y la ansiedad de que algún día reconsidere, ya sabe usted, eso de libertar a una patria entera, lo cual es tan complicado como la batalla que tiene usted contra el tiempo

Siempre le he dicho que sus palabras jamás han estado en coherencia con sus distanciamientos, esos causantes de tanto dolor en

mi alma. ¿Va a darme su presencia?, mire que es necesario liberarlo con mis besos, esos que acarician las absurdas culpas que no lo dejan vivir.

Hoy cumplimos otra calenda de ausencias y la vida para usted sigue sin afanes. Me hace falta tocar sus manos, pero supongo que está en mejor compañía y no requiere verme más. Espero que solo ocupen su lecho y no su alma, porque, de ser así, voy a ir a buscarle enseguida para recordarle mis besos, bajo este impulso y este sentimiento que a veces no me deja caminar con la libertad que tanto proclamo. Sepa usted que mi voluntad lucha con la imposibilidad de su amor, usted elige, quiere que yo marche a Lima o viene usted a saciar mi soledad, en este tormentoso cielo de Quito que no me deja ya vivir.



Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

La promesa de un viaje



e escribe para decirme que viene a verme a Lima y mi mente, inmediatamente, se traslada a sus besos y a mi cuerpo tan deseoso por sus caricias. Sé que los sacrificios, mi querida Manuelita, traen como respuesta reclamos perennes que solo las batallas y tormentas que yo soporto podrían eximirme frente a la ausencia; jamás dejaré de pelear contra el olvido perpetuo de este pueblo insensato, de esta guerra que tengo entre mi promesa y lo que siento por usted. Venga pronto y nos comemos a besos; mire que, si no, podemos arrepentirnos luego. Venga, que la vida es corta, matemos los juramentos que son cargas muy pesadas para nuestras almas. Llevo varios meses esperando una respuesta de mi loca amada, supongo

que la distancia hizo lo suyo. Espero que sea un arrebato de esos que suele tener, mi señora, como respuesta a las constantes guerras que libero junto a la soledad. Espero que algún día claudique su orgullo y me escriba pronto.

Dígame, ¿cómo quería usted que yo reaccionara? Yo podría cruzar los Andes o el mismo Atlántico para hallarle, pero mi desventaja es muy grande frente a la patria, y debo extrañarla. ¿Acaso no habla de justicia? La dulce mujer justa y ecuánime de quien yo me enamoré, no la encuentro en sus últimas cartas, que con lágrimas sello.



Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

Espérame en la Quinta de Los Libertadores

A lo mejor necesitamos estar solos para desnudar con los besos el corazón acelerado, mientras el alma se derrite al sentir la boca hirviendo y nuestras ganas se evaporan solo con el silencio; veo que ya se le olvidó mi desnudez y voy a ir a recordársela. El camino a mi cintura lo perdió y las imperfecciones de mi cuerpo; usted ya no sabe si todavía la pasión en mis labios existe, si la lluvia de emociones que derramo sobre usted aún sobrevive. ¿Hace cuánto que usted no sabe nada de mí? Ya no recuerda el porqué quiero volverlo a ver, ni por qué soy incondicionalmente su amiga. Mi ánimo se apaga con la espera y, cuando por fin le veo, es inevitable no ponerme roja, aunque ya no recuerde cuándo fue la última vez en que esto sucedió, mi señor. Anhelo los besos y la sonrisa de esos labios complacientes, envidio la facilidad con la que olvida, la voluntad que posee para tener el tiempo sin que nada le importe más que a usted mismo.

Un corazón solitario es donde solo se quejan las pasiones enfermas bajo la gran tormenta de ausencias; cruel es fingir el goce, acunado frente a nuestros ojos. Aparece el vino para refrescar nuestras gargantas y llenar la soledad con un embeleso que nos lleva hasta la muerte. Yo, Manuela, como su fiel amiga, siempre lista para curarlo de las más grandes decepciones. Comparezca y despojémonos del enojo, de sus largas distancias. Parto ahora mismo y le demuestro que el amar no se encuentra solo en el cuerpo, sino también en el alma, en un equilibrio perfecto que solo se da una vez en la vida; con la promesa de dejarlo en sano juicio y la razón intacta, para que siga luchando por la libertad, la única que mantiene vivo nuestro deseo.



La espada del Perú

Mi señor Bolívar, ya los vientos de octubre me han contado del reconocimiento que le han otorgado allá en Lima; sin duda, la batalla de Junín y Ayacucho vistió de oro su gloria, mientras mi corazón se derrumba en un abismo porque no lo tengo. Cada noche tejí una oración con lágrimas que derramé por el miedo de no saberlo vivo; cada semana sin recibir una carta suya, mis pensamientos lucubraban lo más terrible. Tuve tanto miedo de perderlo, que prefiero seguir siendo una apátrida de su amor, antes de que la muerte me lo arrebate.

Tengo que decirle que nuevamente me voy muy llena de aflicción por nuestra separación. Amor mío, sea sensato en sus viajes, mire que la gloria puede llevarlo a hacer cosas que lo borren de mi memoria; perderlo a usted a causa de la distancia ya es suficiente dolor. En esta despedida me quedo atrapada junto con su ausencia, pero quiero hacerle saber, mi señor, que las cartas a lo largo de un año no son suficientes para reemplazar la presencia que usted no me brinda.

Bolívar, soy una niña huérfana, ¿y debo esperarlo toda la vida? Han pasado muchos meses desde que se fue hacia el alto del Perú. No he vuelto a recibir noticias suyas, que para mí son importantes; entiendo que sus ocupaciones por la liberación de la Gran Colombia invaden toda su mente, mientras mi deseo por usted ocupa toda mi vida. No me reclame cosas del general Santander, no es una traición a la patria, ni a la magnificencia de su corazón; lo más justo ante tanto abandono es que esta señora quiera llamar su atención.

Ahora, solo tengo sus palabras que consuelan a mi cuerpo, esas palabras que son muy parecidas a la ropa que tengo puesta, y que ya hace mucho tiempo usted no me quita, ambas son recuerdos suyos. No es su piel, ni su boca lo que causa esa falta, es su palabra que me entrega dosificada y mesuradamente con un silencio estruendoso, recordándome la noche en la que usted robó mi alma con sus palabras, que siempre fueron cortantes, como la espada que usted envainaba.

Bolívar, de seguro que cuando muera en esta fría ciudad, le prometo que me colaré con el viento para llegar hasta sus libros, esos que tanto le gustan. Sé que le he causado tristezas que luego para usted serán un viejo recuerdo y una página con un título casi borrado. Usted me ha atrapado con su encanto, me ha sentenciado a llevarlo en mi corazón desde el mismo día en que le conocí en Quito, ese mismo día en que debimos separarnos porque sabía que esta sería una ausencia eterna. Ya sabía que usted no iba a soportar estos tiempos; por algo siempre está buscando usted la muerte. No he encontrado nada más parecido a este sentimiento, y cuando usted me habla de la distancia, usted no sabe de la ausencia que yo también tengo que vivir, este alejamiento que es más horrible y miedoso que la fiebre que nos está matando de nostalgia y soledad.



Disculpas



l cálido agosto de 1824, solo trae vientos helados desde lo alto de esta sierra peruana, mientras usted, Manuelita, ilumina mi soledad y calienta mi frío. Quiero recordárselo a través de esta carta, cuando me arrimé muy tímidamente y besé sus labios, el día en que la gloria fue nuestra, allá en Quito; eso lo recuerdo ¡no lo he olvidado! porque desde ese momento solo fui suyo. La piel de otras mujeres no me arroparía jamás como la suya, ninguna enciende mi alma. No importa que a veces su espíritu se rebele, porque sé que terminará perdida en el momento de nuestra pasión. Entiéndalo; con tristeza comparto mi lecho, pero jamás mi alma y la alegría, esa ya es solo suya, mi amada Manuelita.

A veces reniego de su gran egoísmo y deseo seguir el camino a toda prisa para huir de sus sentimientos. Si tan solo se cumpliera mi mayor anhelo, el olvidarla con la misma fuerza con que mi mente, insistentemente, la cincela en mi cabeza..., pero siempre termino cediendo a sus caprichos, que van más allá de mi corazón, de la ausencia y de las palabras que no se han inventado para verbalizar lo que por usted siento.

Señora mía, el amor no es el que se piensa, auspiciado por nuestro egoísmo; es el que se entrega sin esperar nada a cambio, así como yo le concedo a esta patria toda mi vida para liberar todo un continente, a costa de la soledad y el olvido. Recuerde que soy incondicional. Puede estar tan segura como una nueva puesta del sol, esa que nunca falla, la que llega lenta, pero segura, en cada vuelta de nuestros días. Dígame, ¿qué más puedo hacer... si mis silencios ante los logros y las conquistas para liberar a la América significan un olvido y una falta de afecto por parte suya? Solo tenga en cuenta que uno decide con quién compartir la felicidad. Espero que ahora tenga claro a qué se debe mi silencio.



Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

Despedida



olívar. Ya ha muerto el advenimiento de 1825 y estar juntos, en medio de un año nuevo, me ha hecho comprender que es el único hombre de mi vida, aunque usted no lo acepte y busque cualquier pretexto para huir de mi amor; así como lo hizo la noche del 29 de diciembre. Debo partir a Quito y sé que con mi partida no abandono esta pasión que por usted siento, pero al menos sé que no voy a estar bajo el mismo cielo frío e inclemente de Lima. Vine desde lejos para estar con usted, y su comportamiento me mata más que sus silencios. Yo pensé que sería fácil acostumbrarme a estar sin sus besos, a no verle, pero sepa que vivo un infierno, que las noches son insoportables. Le he escrito muchas veces haciéndole saber a usted cuánto lo extraño. No diga que soy irónica, es usted el que me castiga con su ausencia y su olvido. Yo no podría vivir más con esto. Sepa que esta es la última carta que le escribo, y en esta misma quiero hacerle saber que, terminando los asuntos aquí en Lima, su Manuela parte hacia otras tierras. Sepa que mi devoción y lealtad es absoluta y le defendería con mi vida si es necesario. No importa, mi señor, cuántas mueran por usted, porque sé que soy la única que en verdad lo ha redimido.

¡Cuánto tiempo sin verle y esa lucha interminable a la cual me debo enfrentar todos los días sin su presencia! Nunca me ha dado tiempo, y no se equivoque, porque son semanas y meses sin vernos, es usted el que decide ir primero a la guerra. Tanto tiempo, mi señor, y la devoción por usted sigue intacta, ya mismo podría partir hacia la muerte, partiría con la satisfacción de que pude ser suya. ¡Escúchelo muy bien!. Cada caricia me hizo sentir la mujer más feliz; las palabras sobran; su Manuela no se entrega tan fácilmente a las mismas. Los amantes no abundan como las azucenas en primavera; de ser así, no habría soportado tanto tiempo lejos de usted.

¡Quédese conmigo! mire que mi alma y mi cuerpo lo reclaman, no permita que esta ausencia me vaya a matar. Dígame usted, ¿qué fue lo que yo hice para dejarme de querer? Me siento herida y avergonzada de todo lo sucedido. Cuando me alejé de Quito, dejé toda una vida por acompañarlo. Sepa que otra amiga incondicional como esta no la va a encontrar. Sé que le disgusta que el general Santander aborde temas privados de una dama, no voy a justificar a este honorable señor frente a lo que le haya contado, pues, de una dama nunca se habla; se lo he escuchado con enfado. Debo decirle que su Manuela le ha demostrado el suficiente afecto. Mi corazón es suyo y de esta patria que me ampara. Si la idea suya es matarme, ¡hágalo rápido! Esta ausencia, indiscutiblemente, me condena a una agonía demasiado lenta y dolorosa. Dígame usted, ¿qué quiere que yo piense cuando debo esperar mucho tiempo, y aun viviendo cerca, los meses pasan para que usted resuelva los asuntos del gobierno y

por fin se digne a verme? Ya vengo de una espera suficientemente larga a causa de sus viajes. También tengo que luchar todos los días contra el tiempo que usted no me da; y, sin embargo, cuando dice que vaya, su Manuela acude inmediatamente.

Le pido, por favor, que reflexione sobre el afecto que usted dice tenerme, porque ya estoy dudando del mismo. ¿Hace cuánto regresó de la sierra? Resido al lado del palacio de gobierno y, aun así, usted no ha venido a ver a su amiga; entonces, no me diga que es el tiempo, es su desamor que antes justificaba con la cordillera de por medio.

¿Su propósito es el querer alejarme con sus silencios y su comportamiento que a veces me desquicia? Siga usted sirviendo a la patria, mientras yo sigo queriendo tenerle en estas líneas que con lágrimas escribo y que sé que, con el tiempo, irán borrando su nombre. No sé nada de sus grandes triunfos y sus pequeñas victorias, solo recuerdo su imagen de los momentos íntimos, mientras usted me reclama que solo quiero tenerlo. ¡Yo no soy egoísta con la patria! Su desconfianza me lleva a pensar que usted ya me olvidó; un pago muy poco justo y nada comparado con el amor que le tengo. Mi señor Bolívar, no significa que tenga que dedicarme toda su devoción, sé que su vida sentimental ya está resuelta desde que partió su esposa. Sepa que usted es el hombre que más valoro en el mundo; quizás, cuando lea esta carta su corazón ya tenga dueña. Créame que siempre hago lo necesario para olvidarlo.

Epístola de un adiós



sta mañana, ha venido Jonatás a entregarme su carta. ¿Cómo no sentir ardor en mi corazón, cuando sé que la despedida es inevitable? ¡tanto dolor frente a la imposibilidad que me consume, poco a poco, las ganas de vivir! De mis ojos, solo tristeza se derrama en amargas lágrimas que anuncian el miedo de no volverla a ver. Es la alegría de una hora, a cambio de muchos meses de soledad. Y es injusta la vida que se ha empeñado en arrebatarme todo lo que más amo. Manuelita, anoche usted me hizo el hombre más feliz; le tuve, después de tanto tiempo, y me puse al día con los besos que tenía guardados, y ese olor suyo que siempre llevo, que me impide olvidarla. Anoche la tuve sin afanes, sin el gobierno de por medio. No es frecuente tener esta placidez, en medio de una vida llena de angustia. Espero que regrese pronto, como el huracán, a devastar todos los miedos plantados en mi corazón.

Manuela, ya le había dicho que es jodida la vida y su ausencia. Usted sabe que a las mujeres que más he amado en el mundo, la vida me las ha quitado. ¿Entiende el porqué de mi comportamiento y el querer dejarla ir? Imagino que ya después de un año he tenido muchos remplazos, ¡no le interesa si le digo que la extraño! Le escribo un verso en estos días que más la anhelo, se lo hago saber en mis cartas, que son excusas para no perderle, ¿por qué se va tan armada de sátiras? Eso me llena de una gran tristeza que me obliga a extrañarla más, tenerla en mis noches de insomnio, al igual que un fantasma, apoderado de mis aposentos; usted no quiere marcharse de mi cabeza. Amiga mía, espero que su regreso se pueda dar, antes de que marche hacia Venezuela.



Un viaje inesperado



e contaron que ha llegado a Guayaquil en este frío invierno septembrino de 1826. Espero poderlo ver antes de que marche hacia Bogotá, pues ya sé que su viaje a Venezuela no da espera hasta el próximo año. Nuevamente, mis brazos están ansiosos y mi tristeza se confunde con el vacío de la espera; y, como siempre, Francisco de Paula Santander se empeña en alejarlo de mí. Eso queda demostrado con su poca iniciativa para dar solución a sus diferencias con el honorable José Antonio Páez. Y entonces, ¿debe usted acudir a Venezuela? Ya ve que nada ha cambiado en la Gran Colombia, todo sigue igual, pues la razón siempre llega a recordarme lo que tantas veces yo le dije a su excelencia.

Sé que mucho yo dejé de importarle y por eso ya no me escucha. Hace un año que marché a Quito y todas las cartas que envío no las responde. Le pregunto ¿qué fue lo que yo le hice a vuestra persona para merecer tanto olvido? Cada momento que estuve

al lado suyo en Bogotá y en Lima le entregué todo mi amor; y no entiendo por qué deja que el silencio sea más ruidoso que mil caballos galopando sin freno. Sepa usted que lo único que logra es que yo le recuerde más, que lo añore y lo desee tanto como el primer día en que le conocí.

Comuníquese pronto, mi señor. ¿No sabe que estoy sufriendo, no ve que me estoy muriendo? Los días y los meses se han marchado. A veces, en la soledad de mi cuarto, pienso en la patria y en lo hostil que la misma ha sido conmigo; me quitó a mi madre cuando era una niña, y a usted, el único hombre por el cual yo entregaría mi vida, también me lo roba. Ese afán suyo de libertar la patria, de hacer mejores hombres de justicia..., mientras me condena a mí al olvido, a su falta de tiempo, a su desamor y a los años que pasan mientras morimos de viejos, mientras soportamos pestes... ¿Usted no entiende que solo quiero sus besos?



Camino a Venezuela



anuela mía, hoy voy camino hacia Caracas, no sabe la alegría que da a mi espíritu volver a respirar este aire apureño, el que abastece el aliento de mis palabras. Me pregunta mil porqués en sus cartas, mientras yo me pierdo en el análisis de mi moral y mis actos. Sus objeciones me conducen siempre a un interrogatorio, lo que me impide pensar con la vivacidad necesaria para amarla, para convencerla de que mis afectos están escritos en un hilo de la vida. Los dos, en un tiempo absurdo que ya acomodó las cosas a su manera... La espera de una semana, o quizás un año, para volver a ver a mi Manuela... ¿Debería, entonces, responder a sus preguntas? ¿Qué otra prueba más de amor quiere? Mi amor sigue estando intacto, a pesar del tiempo y la distancia; aunque sienta usted que es un acto de abnegación y sacrificio, comprenda que mi amor va en contra de esas posesiones necesarias para esta vida.

Solo puedo percibir las sensaciones en mi cuerpo, como una fiebre permanente de su presencia. No podría amarla más de lo que ya

lo hago. Mi cuerpo ya dejó de existir por la libertad, por un sentimiento que borró mi carne; he perdido mi ánimo por esta patria, y solo la presencia suya me llena de un aliento de esperanza, en un último momento donde la vida parece esfumarse. Manuelita, es usted mi alma convertida en cuerpo, el que me conecta con este mundo y me obliga muchas veces a resistir y a renunciar a los amores común y corrientes que me profesan, solo por mi gloria.

En esta carta he buscado una palabra que me permita revivir lo nuestro, que me muestre cómo no convertirme en un puñado de huesos; pero, ni por una serendipia este mensaje logra darme nuevamente la esperanza de su amor. Usted me pregunta ¿Qué si la extraño? Mi ausencia y sus cartas llenas de enojo me llevan a tener una lucha constante, como la que batallo con los ejércitos que he vencido. Entre la vida y la muerte me tiene este sentimiento antinómico, que me ha puesto en una presencia fantasmal para siempre en su vida.



Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

Renunciando al pacto



esde la carta de Apure, no he podido renunciar a usted y hoy rompo el pacto de silencio que decidimos hacer, pensando que podríamos protegernos de cualquier sentimiento; una promesa en la que los sentimientos buscan protegerse. No es necesaria la advertencia; para mí, usted es el forastero que llega y es bien recibido hasta su próximo regreso. Hoy, mis deseos están abiertos para que venga a suavizarlos con sus besos; puede abrir mi pecho y tocar mis manos, la sensualidad de mis montañas, saciar el anhelo de sus dedos y boca, y revivir cada rincón de mi cuerpo. Le estoy esperando hace mucho tiempo; he añorado el momento en el que pueda renovar las ganas para abandonarme en el amparo de su organismo. Le prometo sentir sin restricciones, le ofrezco un inolvidable momento y, con mi aliento fresco, resucitar su alma, ya cansada de tanto sentir la vida.







Llanos Venezolanos



anuela, hoy, sentado frente al llano, me quedé observando cómo Palomo se acercaba, saltando, al compás de mi corazón; su crin viene despeinada, al igual que estos sentimientos como la hojarasca seca, de soles de ausencia. Llega corriendo para avisarme que está usted a la orilla del río, mientras la llanura verde celebra su visita. Le veo acercarse a mí, con el afán de calmar pronto esta abstinencia de ya hace varios meses; salta del caballo, cual fierecilla tras su presa, y se agarra de mí, como si yo fuese el último hombre de la tierra. Estrujo a mi Manuelita hacia mi cuerpo, sintiendo esa pequeña cintura, la que conserva todavía de jovenzuela y que la ha hecho ser tan delicada; su largo cabello negro me arropa. Cada que junto sus labios a los míos, ella me abraza y para mí es el momento más sublime, es el tiempo en donde se me olvida la guerra, y la desazón desaparece de estas tierras.

Mi razón me indica que debo estar enojado con usted, mientras mi loco corazón se viste de abrazos, con usted no se busca nada y se halla todo lo que se busca. Si la última sentencia fuera su ausencia, le pediría a Dios vagar cuarenta años en el desierto, antes de tomar su presencia como mi única excusa de lo que me hace feliz: esta inmensidad de afectos sin nombre, de caminos sin rumbo, de vida sin recuerdos. Su visita me hace volar en el viento infinito de los brazos eternos; podré considerar que este ánimo avasallado con su presencia se redime.



Abatimiento



anuela, respondo a sus reclamos sin fundamento, usted ya sabe que mi responsabilidad va desde las frías montañas del Perú, hasta los radiantes llanos de mi Venezuela. A diferencia suya, ningún reclamo de mi parte frente a la complacencia que usted tiene con el doctor Thoorne. Sépalo bien que estoy seguro de la conquista de su amor y, aunque otros llegarán a invadir las tierras de su cuerpo, estas ya tienen el nombre de Bolívar. Solo puedo contemplar las majestuosas noches, mientras el sol cierra las cortinas, anunciando la privacidad de la luna. Yo me cobijo con el manto trémulo de su ausencia; dicen que los hombres son más fuertes cuando miran de frente a la soledad. Ni París con sus mujeres voluptuosas, féminas dispuestas a salvarme del desamparo, ni Jamaica con sus diosas de ébano, bañadas por todos los hechizos del mundo, lograron convencerme, solo usted, Manuela mía.

Una carta arde en mi corazón, impulsando la sangre necesaria para tener vivo su aliento. No se imagina lo que es poder leer sus letras, solo con un pequeño puñado a la luz de vela, tambaleante y fugaz ante estos inmensos secretos que guarda mi amor, pero esperando que las próximas cartas sean sin reclamos, pues solo me condenaría. Sepa que jamás perdería una de sus palabras señora mía, esas palabras son las que me mantienen aún de pie para la conquista. El fuego de mi alma arde ante usted, y un pedestal pongo frente a sus pies cansados para que descanse por siempre; yo también quiero verle sonreír, mientras mis besos hacen lo debido en su cuerpo. Cuando venga y no me halle sentado en esta vieja mesa, en donde con tinta y pluma publico mis silencios, venga al río, de seguro estaré desnudo, esperándola.



Diciembre en Puerto Cabello



i querida Manuelita, mi campaña en pro de apaciguar la cosiata, liderada por el general José Antonio Páez, ha dejado para este año de 1826 a la ciudad de Valencia en llamas, y con un sentimiento separatista, el cual mi ánimo recibe con una honda desventura que embarga todo mi espíritu. El sueño de la Gran Colombia y el mantener a los pueblos unidos solo ha conllevado a levantar los indomables espíritus que, en cada acto, avivan la melancolía de mi corazón; persistir con este propósito me ha llevado a pagar el más alto de los precios en contra de mi propia persona.

Hoy, 31 de diciembre, he llegado a Puerto Cabello, y nombraré al general José Antonio Páez como jefe Civil y Militar del departamento de Venezuela; le cuento antes de que me reclame —sé que no estará de acuerdo, sobre todo después del levantamiento del pueblo que él ha provocado.

Santander y Páez me han amortajado el alma sin misericordia, pues hoy debería estar al lado suyo, pero debo impedir a como dé lugar la consumación frente a la separación de Venezuela de la Gran Colombia; estos sucesos decretaron nuevamente el alejamiento de los dos. Sin duda, este deseo de encontrar la libertad no ha dejado a ningún hombre ileso. Esta guerra de aflicción por la que nos movemos todos los días hacia el campo de batalla me ha mostrado todo su poder y lo crueles que llegan a ser las emociones de un pueblo.

Manuelita mía, a veces me pregunto que, si el amor se manifestara con la misma fuerza que el odio, estaríamos envueltos por una felicidad insoportable; por eso, la muerte viene a ser inevitable cuando las pasiones se desbordan. Anoche dio vueltas en mi cabeza solo para no dejarme dormir. Llegó usted, abarcando cada rincón de mi cuerpo, se apropió de mi almohada y se quedó toda la noche, ocupando mi privacidad sin descanso. ¡Qué cruel es usted conmigo! Impone su presencia fantasmal, la cual se siente y se respira, dejando una resaca en mi cabeza; y, sin tocarme un solo cabello, ¡al amanecer deliro por sus besos! Su recuerdo es detestable y el anhelo de su corazón ególatra me aniquila el más ecuánime pensamiento.

No hay un día en el que usted no esté presente, pues solo vivo con el olor de la esperanza de poder tenerla de nuevo. Recuerde que nunca ha tenido olvido de mi parte, solo que la sensatez me lleva a cuidarme de mis enemigos. Manuelita, no se puede pensar en estratagemas cuando el corazón de un hombre está puesto en el de una mujer, pues podría caer irremediablemente en la derrota. Hoy la deseo con la misma fuerza con la que usted me profesa su amor. Me hubiera gustado poder verla, pero todo un armisticio ha sido nuestro encuentro.

Sepa usted que mi corazón suena tan fuerte como el ritmo de mil tambores, abriendo un camino más allá de esta corta existencia, que solo se mantiene al escribirle. Hoy correría hacia usted, tan furioso como el mar, solo para robarle la vida; esperaría la puesta del sol y en sus alas me envolvería para calentar cada rincón de su piel; en su sendero me escondería y, detrás de una flor de cempasúchil, su paso besaría para recordarle que mi amor hacia usted es eterno.



Sublevación en Guayaquil



anuela, por aquí las cosas siguen igual; la sublevación del pueblo guayaquileño, auspiciada por Juan Francisco y Antonio Elizalde, quedará marcada en este abril de 1827. El pueblo ha demostrado sin duda la gestión que alabo a unos cuantos señores, pero que, sin duda, planta un precedente para la Gran Colombia, pues usted ya sabe que la pasividad no es lo mío. Los gritos se cuelan por las ventanas y en el aire se percibe aroma a leña que aviva el fuego separatista. Yo me encuentro a las afueras de Guayaquil y emprendo ahora mismo hacia Bogotá; aunque todavía ellos no entienden la importancia de unirnos como la Gran Colombia, sus anhelos y aspiraciones han levantado una oleada enardecida contra las ataduras invisibles.

Entre las colisiones de estos señores por encontrar la razón y la ausencia de sus besos, dejan a mi corazón con una herida abierta y expuesta a gangrenarse, desde lo más profundo de mi alma.

Hace meses que no ha caído la lluvia, esa lluvia que alivia el dolor ardiente que tiene mi boca al no tener sus besos, y esta madrugada que me hace extrañarla, que me impulsa a evocar su memoria en mi cuerpo y lo que usted me hace sentir. Manuela mía, si alguna conspiración diera muerte a mi persona, me iría satisfecho de conocerle y eso ya es suficiente para mí. No es que me conforme con la imposibilidad enemiga de mis deseos, es lo que nos tocó vivir para poder conocernos.

Sin ninguna protesta, quedaré agradecido con la vida porque me puso en su camino, para que usted me curara con sus besos. En mi memoria la llevaré hasta que mi boca no tenga aliento y mis manos no tengan fuerzas; todavía tengo la esperanza de verle pronto y despojarme de cualquier comportamiento correcto, para sentir solo míos sus besos. Espero que la muerte no me sorprenda antes y podamos vernos prontamente en Santafé.



Reminiscencia



olívar, mi deseo nunca fue ser su único amor, ni la compañera libertadora de una patria en decadencia por tanta corrupción; al contrario, quise despojarme siempre de esa duda, saber por qué algunos hombres en nombre de la justicia imponen sus propias emociones. Bolívar, amar a un pueblo es imposible e insoportable para un hombre. Sé que el mayor temor para usted es dejar de existir en la mente de los demás, así como para mí, morir algún día en su corazón, sería la muerte misma. He sobrevivido a los años que han transcurrido sin usted, imagino que tiene a quien darle los besos que tanto yo reclamo, privarse de la amante incondicional que he sido; complaciente, como lo fue Cleopatra con Julio César, y quizás su olvido ya llegó, como las lluvias de este abril.

Mi señor Bolívar, ¡cuánto tiempo sin la llave de sus manos, sin sentir lo más precioso de su cuerpo! Hoy, aquí desde Bogotá, estoy pensando en escribirle esta carta que lleva en cada palabra mi deseo, el aroma de los besos, esos que se pegan en su piel, cuando las tapias de mis labios le tocan. Las palabras que debo comerme con mi boca, solo porque usted no está... Este silencio que pactamos para no demostrar los sentimientos que llevan a la resignación y la ausencia de esa palabra que usted se prohíbe pronunciar, es una dicha cuando

toco todo su cuerpo. Ya le dije que olvidar no es igual que perder la memoria, que erradicar los sentimientos es mucho más que derrochar la vida. Por eso, su Manuela sigue insistiendo por los besos suyos, los cuales son necesarios para vivir.

Bolívar, no veo el día en que llegue usted de Guayaquil. Lo estaré esperando, bañada de jazmín y vestida de primavera. Hoy, en la Gran Colombia por la que usted dejó sola a su Manuela, doy gracias a los excelentísimos señores Tomás Cipriano Mosquera y al coronel Rafael Urdaneta, por cuidar de su vida. Espero que piense en quedarse conmigo definitivamente aquí, en Santafé; pues sin duda en Quito ya han reconocido su valioso esfuerzo y la lucha irremediable que lleva consigo, un espíritu que solo desea una tierra libre e independiente de la monarquía española.

Aquí lo espero, con toda mi gratitud y con el inmenso amor que le tengo; ese amor que solo puede escribirse con mis besos. Mi corazón prepara un gran festejo, y espero este sea un motivo para dar alivio a nuestras almas, cansadas y enfermas de tantas distancias. Voy a estar en el mismo lugar de siempre para complacer al hombre, al amante y al libertador de mis palabras.

Juramento ante el Congreso



iene usted a proclamar el juramento como presidente ante el Congreso, y yo cuento los días para que llegue el 10 de septiembre de 1827; un acontecimiento que quedará guardado para la eternidad, y seguirá siendo fruto para mi memoria y los recuerdos que tengo de Santafé. La naturaleza me ha otorgado un corazón lleno de generosidad hacia su persona, remediar con tan maravillosa conversación a una muchacha que tiene una inagotable insistencia por usted. El tesoro de su magnificencia es extraordinario y admirable. Cuando regresé de Quito, le pedí a Dios reprender mis torpezas; discúlpeme si en algún momento le he ofendido. Solo puedo sentir mi ánimo rebosando de alegría de volverle a ver, después de tanto tiempo. Mis ojos no pueden contener estas lágrimas mezcladas de tantos sentimientos.

Mi afecto se lo he demostrado de muchas formas, he sobrellevado mi orgullo y dejado que sus silencios hablen. Si no le he escrito, no es porque la llama de mi lealtad se haya apaciguado, es porque estoy enferma de la dolencia del forastero, que no deja quejarme en ningún lugar. Ahora, envidio la sonrisa complaciente de la señorita Policarpa y la suerte que tuvo al morir allá, en la plaza. Fue un golpe directo al corazón, pero fue liberada de tanta imposibilidad e injusticia. Ya le dije a usted que no hay peor muerte que aquella que se niega cuando el dolor está al límite; y aunque ya no pueda respirar le atrapa en una burbuja de aliento. Su amor es lánguido y enferma por tanta falta de sus besos, esos que me encadenan a vivir en una inmortalidad del dolor.



En Ocaña



a me contaron que se ha ido para la Convención de Ocaña, sin mi permiso. Espero que esta carta le alcance, ya que le había dicho que, desde Bucaramanga, iba a estar al tanto de los pormenores de la Asamblea; que de cerca estaría pendiente de los federalistas y su tozudo empeño por diluir nuestra Constitución. Manuela, agradezco su profunda preocupación y el paso fuerte y decidido que ha tenido usted por ir a defender mis intereses; sumado a Santander, ya tengo un enfrentamiento con este indolente Congreso el cual —pienso hoy— no ha creído en la libertad de los pueblos; solo obran movidos por el sentimiento de un poder que ellos llaman autonomía de los departamentos, pero desconociendo el sacrificio de los soldados que han peleado, aun sabiendo que marcharían al óbito.

Manuelita mía, aunque mis decisiones le parezcan algo injustas, bien sabe que esto es una guerra en la que se vence o se pierde; su amor hacia mí es mi mayor gloria y sus palabras plausibles me dan consuelo; solo la libertad y su nombre me dan la esperanza y la salud que ya este cuerpo desgastado necesita.

Señora mía, agradezco toda su generosidad y la probidad tan aguerrida para conmigo de ir a cuidar mis intereses y defenderme. Todo lo que usted hace por mí me deleita, al igual que su hermosura; sin duda, me ha demostrado su avasallador sentimiento, el cual se empeña en exponer, dejando en delirio a mi alma. Usted me renueva para ir de nuevo al campo de batalla, para buscar el fin de esta realidad insoportable para nuestras vidas.



Libertadora



i querido Bolívar, me enteré de que la junta le ha causado a usted una gran decepción, pero sé que la tristeza que hoy lo embarga no será motivo para renunciar al entusiasmo de seguir luchando por una América más justa. Antes de conocerlo a usted, creía que la historia estaba muy distante de los sueños por la libertad, que el amor era lo contrario a la independencia, y que las virtudes de la gente buena iban a morir en un desdén de lágrimas.

Hoy, quisiera abrazarlo en un absoluto silencio, sin importar que llegue el ocaso. Al no poder ver al amigo que tanto necesito, mi corazón sucumbe de tristeza y luego, solo escribiéndole, encuentra el consuelo. Dijo usted que su amiga Manuela iba a estar bien, pero la sangre, hoy, nuevamente, me quita la fuerza de mi cuerpo, y duele dirigir mis pasos hacia usted. Recuerde mi querido, aunque mi cuerpo esté ausente, mi alma estará a donde quiera que usted vaya.

Deseo que el señor del Toro pueda ser una voz de aliento en estos momentos de crisis, y que consiga influir en su situación anímica. La ausencia siempre ha sido la bandera de nuestro afecto y sé que



Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

el estar alejados es lo que nos ha permitido estar presentes en todos estos años. Ha dicho usted que la vida siempre será más agradable con una mujer, y no lo discuto, siempre y cuando esa mujer sepa de la lealtad a su buen corazón, y del amor que usted tiene por sus sueños de una patria unida. Una mujer que comparta sus luchas, como si fueran suyas, una patriota que jamás lo encadene a los afanes de un sentimiento egoísta y que, por el contrario, profese el amor con la fuerza misma con que sus mil soldados luchan por la libertad.

Que se una a su presencia con la total certeza de que, mañana, libres seremos; que no vea ningún esfuerzo en vano y que esté dispuesta a cambiar la historia de resignación, entregando hasta el último aliento de su corazón por la búsqueda de la justicia; alguien que lo espere con la paciencia indescriptible, sin sucumbir a la primera falta de sus besos; alguien que se alegre por poder encontrarlo en el camino, alguien que cure sus heridas; alguien con el juicio de que amarlo, solo puede ser un privilegio en esta vida llena de abnegaciones; una mujer que se empeñe en derribar los caminos más agrestes, sin importar los tiempos.

En la fiesta de agosto



anuela, bastó verla para saber que se había tomado todo el guarapo de la caña. Me tiene aquí y, sin embargo, se comporta de una forma inconveniente, la cual nos hace pasar un mal rato a los dos. Siempre me pregunté cómo pude yo perder la cabeza por la mujer más arrebatada que he conocido. Tuve que supervisar una y otra vez sus pasos y a usted no le importó que mi honor quedara manchado. Si su único propósito era despertar al hombre primitivo que hay en mí, ya lo logró con su comportamiento. ¡Cómo quisiera ajusticiar su proceder! Pero después recapacito y lo único que solicito, en nombre del afecto que me dice tener, es que regrese a Quito y se olvide de mí. Según usted, con el fin de salvar mi vida, lo que provocó fue la murmuración entre mis generales. Se queda en mí como símbolo de rebeldía, desdeñando en mi corazón una profunda tristeza que se empeñó en tejer, bajo una razón que dice tener. Ebria me dijo que mi edad ya era suficiente para que el tiempo dejara de arrullarme en su regazo. ¡Siempre ofendiéndome con la edad, cuando antes era un dulce halago el que usted me hacía!

Ingratitud



¡Que las letras son pocas y que mi comportamiento ya no hace honor al sentimiento! Déjeme decirle que era la fuerza de mi corazón la que impulsaba la tinta con la que escribía mis deseos hacia usted. Cuando tenemos hambre, los besos aplacan las mariposas en el estómago, y la llama del amor evita perecer en un mar de sentimientos en los que podemos tener buenas faenas, las que invitan a persistir, aunque se ponga en riesgo nuestras vidas.

Nada de esto encontré en usted, Bolívar. Me dejó a la deriva con mis sentimientos y mi amor murió de sed, de hambre... en un mar de recuerdos que se empeñaba en dirigirse hacia ningún lado, en una barca desgastada e insostenible que, finalmente, terminó por naufragar con el amor que tenía por usted. No se preocupe por su señora Manuela, pues la muerte es maravillosa, si de recompensa se trata. Su decisión es arbitraria a mis sentimientos, pues solo quería defenderlo del enemigo, pero si eso para usted no es suficiente, no se intranquilice, que hoy mismo empaco y me iré hacia Quito.

Súplica de amor



i señor Bolívar, la primavera llegó con el aroma de su ausencia; estos días suelen ser oscuros sin el sol de sus ojos y la luz de su sonrisa. Mi corazón danza al ritmo de las imágenes de su cuerpo desnudo, que mi memoria niega abandonar. Mi Bolívar, mi amor, ha encendido en mi corazón todas las llamas existentes, y las mismas se han quemado hasta volverse cenizas. Mi bello señor, no sé qué pueda matarme primero, si su enojo, el cual me tortura como la Santa inquisición a los herejes, o sus silencios que se han empeñado en cortar mi lengua.

Sus auspicios, los únicos que podían mantener en pie mi confesión, su demostración de afecto en las cartas que decía escribir con tinta del corazón, hoy son carentes y pocas, ante la falta que yo le hago. Venga usted como Palomo, sin rienda, a mis brazos y abandone sus justificaciones de disgusto. Venga, con esa pasión sin freno, como el rayo, como Zeus, como la tormenta que luego pasa.

Conspiración septembrina



i corazón quedó aniquilado el 25 de septiembre de 1828, cuando la muerte en un arrebato ambicionó en llevarse mi vida, viéndose demolida mi dignidad, a causa de esta patria indiferente, por la cual he derramado toda mi juventud. Manuelita, mi valiente gladiatrix, sino fuera por usted, mi corazón estaría inmóvil y cobijado por la palidez siniestra de un mártir. Quiero contarle que mis resfriados no mejoran, sin el aliento de sus besos que llenan de aire mis pulmones, pues los necesito como bocanadas de esperanza y fuerzas para existir.

Manuela mía, si no he respondido a sus cartas, no es porque no la extrañe. El atentado que he recibido contra mi existencia me ha obligado a refugiarme, y no puedo decirle dónde me resguardo, porque no quiero poner en peligro a mi dulce centinela. Sé que pueden ser pocas las palabras que le he ofrecido; pero, la alegría que siento de que me lleva en el corazón y que se preocupa por

mí, me ha dado las fuerzas suficientes en estos momentos de penumbra. Conocerla a usted me permite sobreponerme a la ingratitud de los traidores. No crea que es fácil el no poder tenerla cerca de mí, pero ninguna de estas situaciones va a opacar mis sentimientos, que solo son suyos. Yo también vivo por usted, y es la mujer a quien más admiro y a quien más tendría que complacer en este mundo; sin duda, usted me ha demostrado —en carne propia— el sacrificio que ha tenido que brindar como ofrenda a nuestro amor.



Pasos en el silencio



anuelita, ya han pasado varios días desde la última vez que le dije que estaba en San Miguel de Choachí, pero mi corazón aún sigue temblando por usted a causa de esta distancia; cuando su imagen se proyecta en mis recuerdos, mi amada, no soy el mismo; mi apariencia ha cambiado con los años, que han sido cortos para los dos, pero llenos de la gran pasión envilecida que por usted siento. Todavía sobrevive en mí el huracán de sus besos, tan intacto como el día en que nos conocimos. Me acuerdo de nuestra privacidad y de aquellos momentos en que, temblorosos, podíamos resumir las palabras en nuestros cuerpos, para luego terminar con un silencio que nos invitaba a dormir, ¿cómo no seguir enamorado, Manuela mía?

Si la vida no me ha hecho digno de usted, déjeme pedirle perdón. Recuerde que estoy infinitamente agradecido por haberme salvado la vida en Santafé. Sé que es mi más fiel amiga, por lo cual le pido a usted benevolencia por esta disipación de la cual busco recuperarme pronto. ¡No me juzgue, Manuelita! no haría ninguna cosa que le hiciera daño, no me trate como a un hombre que no le importan sus besos; eso me duele más que el desamor con que usted me habla en su última carta enviada con Jonatás.







Mensaje secreto



e escribo a su clandestinidad y ausencia. Quiero decirle, mi querido señor, que lo extraño, que le deseo y que muero por sus besos, desde la fatídica noche del 25 de septiembre en la que me embarga una absurda soledad. Esperar a que vuelva de la quinta se ha convertido en una enfermedad que no se cura, pero que tampoco me lleva hacia la muerte. Para mí, usted significa la libertad de esta tierra y de mi corazón; dígame si debo lapidar su amor antes de que termine los propósitos del gobierno, o prefiere que sucumbamos los dos en la tristeza que nos provoca esta distancia; mire que la muerte casi me lo arranca del alma. Venga pronto y alívieme de esta enfermedad que me tiene como una difunta en vida.

Esta mañana, el viento tocó mis mejillas. ¡Qué daría yo por creer que es el huracán de sus deseos que viene en busca de mis besos! Han pasado ya varias semanas desde lo acontecido en el Palacio de San Carlos y yo pensé que, después de tan pavoroso suceso, usted vendría a dedicarse a su más fiel amiga. Venga y tonifique su alma y déjese llevar, como Palomo, sin rienda; sienta por un momento lo que nos negamos a olvidar.

Noche en Portocarrero



oy a visitarlo a la quinta, rindiéndome esa noche a sus encantos, que no son pocos para este complicado carácter que mi alma resguarda. Entonces, ¿para qué borrar mis deseos y asfixiar mis pensamientos hacia usted?, nada de eso valdría la pena. La profunda tristeza me ha llevado a navegar en un océano carente de agua, en donde pensé que encontraría mi más grande tesoro; los años más esplendorosos, y los minutos más preciados de mi vida, me dediqué a quererlo por encima de ese agazapado egoísmo suyo. Si solo se reconociera mi inamovible razón y mi narcisismo, y ese discurso al que usted responde con elogios, aun sabiendo que es una cortesía suya, producto de la formación recibida en Europa, ¿Por qué deja perder a una mujer llena de esos encantos?

No basta la alegría, ni el silencio de mis palabras; su sonrisa me pregunta mil porqués, mientras yo me pierdo en el análisis locuaz de mis actos. Sus besos me conducen siempre a un mismo interrogatorio, del porqué conozco ya sus labios; lo que me impide pensar con la vivacidad necesaria para amarle, para convencerle que mis afectos ya están escritos. Los dos en un tiempo absurdo que ya acomodó las cosas a su manera. La espera de una semana, o quizás un año, para que Manuela pueda volver a verlo. ¿Qué más prueba de amor quiere? Si yo sigo insistiendo por encontrarlo en mil vidas, y en cada una de ellas, lo que por usted siento sigue estando vivo, como la primera vez en que pude tenerlo, en un tiempo en el que solo recuerdo el olor de su alma.



Confesiones en Santafé



n la carta enviada al cardenal para la celebración de San José, tuve la oportunidad de confesar, sinceramente, mis más hondos sentimientos por Bolívar. Aunque yo sé que no soy la devota de su preferencia, la comarca habla de nuestro amor lujurioso, sin saber que solo nos acariciamos una vez al año, y que eso ya es un privilegio, amor mío. Puede ser que con esa confesión el reverendo haya pasado un mal momento, pero ya me conoce usted, todo mi deseo hacia usted significa una gran decepción cuando no me da el tiempo suficiente, bien merecido diría el señor cardenal. Un profundo dolor embarga a mi corazón, es como caminar descalza sobre la hiedra por toda una eternidad; ni la muerte de mi más fiel amiga logró que se ocupara un momento de mi persona.

Un egoísmo desalmado que nunca estará a la altura de mis sentimientos. Supongo que ahora está atendiendo los molinos de don Quijote y, mañana, alistando la caballería para otra guerra. Buena suerte con eso, mi querido Bolívar. Pensé que ya había comprendido nuestro propósito; en tanto estuviéramos lejos, estaríamos lamentándonos con los hubiera...

Penitencia



os años vencedores en la batalla de la soledad, la única gloria que celebramos fue el permiso y la generosidad de nuestros cuerpos y una sonrisa austera del amor tan medido, como el pan que debe tasarse para el caminante. Yo, buscándole como una mujer adúltera y con el miedo escondido a que la muerte me lo arrebatara; nuevamente el amor llegó a mí, y el miedo a la costumbre se marchó. Mi querido Bolívar, esta mañana desperté con el canto de los gallos; siempre que los escucho recuerdo su imagen, antes que la hermana Aurora venga a templar mi pelo, con dos trenzas que quieren paralizar mis pensamientos. El olor a ese fogón de leña y las campanas avisando la misa, me recuerdan que su amor me sigue dejando huérfana ante tanta soledad.

Mi señor Bolívar, ya es suficiente castigo amarle toda una vida, estar sin usted es una gran pena, más que el encierro que sufro en este convento. Este recogimiento, en vez de separarme, me une más a usted y a su recuerdo. ¿Acaso la muerte es la única esperanza para lograr mi libertad?

Ni la absolución de su amor, ni la de mujer adúltera conseguiré obtener, pues reconozco mi terquedad, la que usted tanto me critica; pero debo apagar mis pensamientos, que son el fuego que arde en todo mi cuerpo; soy yo la que lo besa y lo desea lo suficiente; soy yo la que lo piensa desde este calabozo de la exageración en la que me han recluido, para curarme de usted. Son muchos días en que sus silencios me dejan a la deriva en un mar de palabras secas en las que yo navego.



¡Bogotá!



i querido Bolívar, la costumbre se acostumbró ¡y esta sí que mata todo! Dos posibilidades a su lado tengo: seguir siendo parte de su amor egoísta, o ser la señora que soporta lo insoportable, de una vida perpetua de ausencia. La gente dice que se añora lo que no se tiene, y eso sí que es verdad, una prueba de ello, es mi insistente devoción por usted. Seguir viajando a lomo de una mula y cruzar una cordillera para encontrarle en donde se encuentre su campaña, solo para regocijarme con su presencia, esto es lo único que me hace inmensamente triste. Finalmente, vuelvo a Quito, con la absoluta soledad a la que usted me condenó a vivir. Dos posibilidades siempre me dirigen a usted, un reencuentro y una despedida.

Esta mañana le escribí a James anunciándole que regreso a Quito, que ya la guerra terminó. ¡¿Que si perdí?! ¡No se imagina cuanto!

Solo me queda el último aliento y mi alma derrotada y cansada de tanto luchar con su desamparo. Al final, entendí que he sido una gran obstinada por querer revivir lo que ya hace tiempo murió en usted. Ahora, solo me resta marchar con este dolor y este cansancio, que me lleva a pensar constantemente en James. Siento una gran pena por él, porque va a recibir una mujer desgastada y seca de sentimientos.

Sola, como penitencia, elevo mis oraciones para indultar mis culpas. Desde el día en que usted tuvo que esconderse en la quinta, mi rebeldía me ha defendido de cualquier hombre que ha querido sobrepasarse conmigo. Mi condición de mujer no me hace vulnerable, puede estar seguro de que no volverá a leer una carta más, a tener un disgusto más, pues ya no queda tinta en el corazón de esta patriota, solo la maleta vieja y empolvada, que guarda las historias y, con ellas, regreso hoy a Quito.



Camino a la batalla



i querida Manuelita, mi corazón se acelera de tan buenas noticias: el nacimiento de una nueva Patria, más próspera, para un amor sin futuro, a pesar de nuestra insistencia y terquedad tan parecidas. Usted, por ninguna circunstancia, abandonó nuestro amor, y yo seguí cabalgando hacia la batalla en estas verdes tierras. Espero que todo el esfuerzo patriota, las vidas perdidas y el tiempo sin estar a su lado, sean la más grande ofrenda para alcanzar la victoria; que nuestra existencia valga la pena; que si tenemos cualquier excusa para ir a la guerra, es cierto que "*pareciese que nos molestara la vida*" y, cuando carecemos de la misma, la lloramos.

Manuelita, reniego de la suerte, cuando aquellos forasteros invadieron nuestros sueños, que estaban anclados en las costas e irrumpieron, llenando de sangre y acortando nuestras vidas, con las más terribles pestes. Solo puedo decirle que lucharé por nuestra libertad y por el sueño de la Gran Colombia; esperando morir con la incertidumbre, sin saber si realmente mi sacrificio valió la pena.

Si me alejo de usted con la velocidad del torrente del Ródano, es con la esperanza de verla pronto. No ha pasado una sola noche sin amarla, no ha pasado una sola hora sin estrechar sus recuerdos entre mis pensamientos, no me he tomado una sola copa de vino, sin que no resienta mi corazón su ausencia. La gloria y la ambición de tenerla me motiva a seguir dirigiendo las tropas. Yo recorro los campos de batalla con su adorable recuerdo, y la imagen suya que en mi estómago se proyecta, con un aliento de vacío. Usted ocupa mis oraciones y mis pensamientos, con una certeza sin límites.

Deseo decirle que usted es tan fuerte como Cleopatra para no desistir del amor que me tiene, ¿Cómo puede soportar cada viaje que yo hago hacia la guerra? ¡Me siento tan privilegiado como Marco Aurelio! Mi amada Manuelita, la vida es tan generosa conmigo, que otro tiempo me ha dado para vivir tal cual, como lo cuentan las historias de Plutarco. En el horizonte, el verde de la sabana se vislumbra como un colchón florecido para los amantes que rompen sus ropas para amar a la hembra predilecta.



Portete de Tarqui



eñor mío, me han llegado noticias este febrero de la campaña contra las fuerzas del Perú, las cuales han querido usurpar a Ecuador y derrotar sus mayores sacrificios. Este año de 1829 me embarga con el mayor desconsuelo: el saberlo tan enfermo y yo no poder estar al lado suyo. Espero que mis oraciones lleguen pronto a usted; pido por su terco corazón en mis plegarias, las cuales son calendas diarias de un rosario de devoción infinita. Rezo para que su vida y el gran proyecto de unir a la América florezcan pronto. Mi corazón se perturba cada vez que me traen noticias suyas. Hoy me contaron de lo que está pasando en la provincia de Azuay, al lado del río Paute. ¡Cuídese, mi señor!, no vaya a causar otra pena más grande de la que ya vive mi corazón sin usted.

Esta mañana me ha despertado el trote de los caballos que entran cual centella a la plaza; mientras los ánimos suscitados por la ausencia suya en el gobierno han sido la excusa perfecta para seguir en posición de rebeldía; ahora entiendo de su interés de instalarme cerca de palacio, el sueño por la independencia que se empeñó en conquistar, este sentimiento mío, que no me deja en paz, y la constante ausencia que sólo alivio cuando lo tengo a usted. He decidido partir hoy hacia Ecuador, y no es para acompañar el honor de los soldados y su victoria; mi celebración se debe a que voy a agradecer la generosidad que la muerte tuvo conmigo y ese gran gesto de no arrebatármelo, una vez más. Espero complacerle muy pronto, pues el arrebato y la necesidad de besarlo me empujan a marchar a toda prisa, apenas como me lo permitan las ruedas de esta carreta, espero llegar a abrazarlo con la calidez de mis besos.



Rumbo al Ecuador



uy amado señor mío, espero encontrarlo; me han contado que hace un mes usted pasó por aquí, me he detenido de regreso a casa para ver el imponente y majestuoso valle. Mi corazón late tan fuerte al ver este gran océano verde que, como alfombra, se extiende ante mis pasos ya cansados. A lo lejos puedo ver cómo el cielo abraza con sus nubes la agonía lenta y desdibujada, de este aceitunado paisaje que va muriendo con el horizonte; solo quisiera plegarlo como un pergamino para llegar más rápido hacia usted.

Me han contado que muy cerca de aquí ha muerto una muchacha de nombre María. Temo ser yo la siguiente, a causa de este amor imposible, que duele en el alma y que, a veces, me obliga a buscar ese néctar de la caña, el que creo que me va a hacer olvidar; pero, finalmente, me lleva a perder la conciencia y me hace llorar como una viuda adolorida.

Usted es un ingrato conmigo, Bolívar. No solo desgasta mi corazón, sino también mis pies heridos, abiertos y cansados de seguir caminando a un hogar sin nombre, muy lejos y distante de mí. Señor mío, no podemos ver correr los años y nuestros corazones con menos latidos, de cuando éramos jóvenes, como cometas que se pierden en el cielo.

He llenado las palabras de amor para soportar la carencia de su presencia; creo que la gloria y la libertad me han ganado la batalla, y solo soy esa mujer que le entrega su alma viva, aun sabiendo que no podré suscitar en su corazón la misma felicidad que la que usted siente al ganar una batalla.



El camino de Azuay



olívar, después de la batalla del Portete, tenía la esperanza de encontrarle en Ecuador, como se lo había indicado en mi última carta. Y, al llegar a la provincia de Azuay todo fue distinto, se fueron los sueños y sonrisas de flacos soldados, se rompieron las ilusiones en mil pedazos, llegó el miedo a los corazones, las novias quedaron solas y las madres adormecidas por ese dolor insoportable. Ya todo quedó en silencio, las rosas blancas yacen en el pantano, muchas lágrimas aún vuelan como palomas en el viento; hoy, el cielo tiene más estrellas que hombres en la tierra, estrellas apagadas por el odio. Hoy, la patria renace sobre escombros de vidas humanas que no garantizan que esto no vuelva ocurrir.

Perdóneme usted si no he respondido a sus últimas cartas, pero me encontraba camino a buscarlo y la nostalgia de no hallarlo vino como un invierno que llega y no se marcha. Créame que tenía esperanza de estrecharlo hoy entre mis brazos, pero la tozudez suya, me ha hecho desistir del cariño hacia vuestra persona. He decidido no pelear más con este sentimiento que me entregó a la muerte, pues nada puedo hacer en contra de sus recuerdos, y hoy mismo me regreso a Santafé.







Cuando el amor vence a la cordillera



anuela decidió regresar a Santafé, en busca de los recuerdos que había dejado abandonados. Antes de tomar esta decisión le llegaron noticias que el general Bolívar haría su arribo a la ciudad de Santafé en el mes de enero de 1830. Manuela quiso tener alas en sus pies para acortar distancias y vencer esa geografía inclemente, enemiga del sentimiento. Bajo el cielo gris de Quito, en el que Manuela moraba, a causa de la ausencia y el frío, por la falta de los brazos de su amado, decide empacar en sus viejas y empolvadas maletas, esas cómplices y amigas que la curaban cuando estaba harta de la vida que llevaba. Y es así como el primero de enero de 1830 decidió salir a buscar el camino que la llevaría hacia su amado, Bolívar. Manuelita emprendió viaje en compañía de Jonatás, en una carreta tambaleante que parecía desbaratarse al compás de un ritmo casi simultáneo, demolido por la fuerza con la que las ruedas, tercas e insistentes, proseguían.

Las agrestes montañas, los valles y la travesía por la Cordillera Central, fría y húmeda traían un viento, mientras este se colaba por debajo de las faldas de esas mujeres que solo soñaban con estar con su amado. En el corazón de Manuela se sembró un musgo verde y húmedo que mantenía hidratado el sentimiento, hecho orquídea, bosque fresco que apagaba la llama de las dudas cuando estas rondaban su cabeza, pensando si valdría la pena seguir adelante al encuentro de su eterno amor.

La señora Manuelita el día 7 de enero de 1830, le envió una carta a su amado Bolívar, con Fidelio, esperando que esta carta volara más rápido que su pensamiento y que se adelantara a su presencia; todo, quizás para que su querido Bolívar la esperara ataviado de sentimiento, ese sentimiento que inundaba los ojos, cuando Manuela lo abrazaba como la diosa Atenea, que buscaba mil posibilidades antes de la guerra.

"Bolívar, usted se me ha metido en el fondo de mi alma, en lo profundo de mi corazón. Saber que nuevamente regreso a Santafé, y que estoy cerca de usted, me llena de alegría; aunque mi resignación todavía duele un poco, al saber que me hallo tan cerca y que los días y sus asuntos con el gobierno me lo arrebatan. Permítame verle, porque siempre que lo hago siento que es la última vez. Tenga la seguridad de que mi amor por usted viaja en un carro, comandado por unicornios del Olimpo, en compañía de Apolo, y que mi único propósito es calentar su corazón".

Ausencia eterna



s septiembre de 1830 y los meses se van sumando, como calendas, a su ausencia, un tiempo más perdido. Y yo, siempre, desde mi candidez, apreciando su impredecible genio, recorriendo con mi imaginación esos momentos de amantes vivos, aguantando la falta de sus besos que me niego a recibir, como si otros hombres también no tuvieran labios.

La lealtad a su amor es la condena que resolví llevar, y este castigo que admito merecer ante tanto fracaso. Lejos de usted, habito en una isla en donde las olas son el lamento que me arrasan; despiadadamente, naufrago por su ausencia; morir de cualquier cosa lo deseo y, la naturaleza, piadosa a mis pensamientos, siempre rescata a mi alma. ¡Qué dolor es sentir lo innombrable, mientras la vida se vuelve un verdugo de lo incorrecto!

Los recuerdos son gaviotas que vuelan a ninguna parte y, cuando ya supongo que su amor murió, lo encuentro navegando en mil sensaciones, que me hacen sentir que ya estoy lista para seguir mirando el mar. Una eternidad en mis ojos se aferra a trémulos mundos, su imagen habita, fantasmal, en mis recuerdos, guardando una devoción infinita y perpetua por usted.

Vuelve la catarsis sin remedio, y no me importa que los demás conozcan el sentimiento por Bolívar. Al llorar como una niña desconsolada puedo curarme del olvido; si cada una de mis lágrimas tan solo brotase como una flor, en este fango brotarían mil besos; si me quedara sentada en este jardín mesopotámico habría más amor; si el mar de sus sentimientos no me lastimara tanto; si mis desvelos eligieran una compañía, y si esa fuera yo, le daría gusto en las noches en las que no pueda dormir. Sé que mis cartas no van a borrar la distancia, pero en cada una mi devoción está presente. Mi cuerpo impregnado de la tinta fémina con la que escribo estas líneas, y mis ganas, y mis afanes y la necesidad de verle no coinciden con las suyas.

He deseado verle, he deseado besarlo y no me pregunte el motivo, de seguro respondería con una falta a la moral. Permítame que en la distancia mi recuerdo le abrace y que en la oscuridad renazca la esperanza. Déjeme estar al lado suyo, déjeme soñar y reescribir esta vida que nos tocó. Corra de mis sentimientos, láncese en brazos de la guerra y esquive los olvidos, antes de que llegue la

muerte. De las decepciones y del mundo escóndase, de la cruel vida y de sus desengaños. Busque la libertad de las sombras, esas que se niegan a abandonarnos y darnos el permiso de la vida y las circunstancias que se interponen.

No apareceré vestida de reclamos. Mi coraje no es con usted, es con el tiempo egoísta que me obligó a amarlo y a no tenerlo, que me ancló a su amor para ahogarme lentamente. Condenada a luchar con mis sentimientos y torturada con la imposición de largas ausencias, mientras mi amor interminable se empeña y se niega a renunciar a esta condena. Usted no necesitará conquistarme porque su corazón lo atesoro completamente; solo dejaré que su libre albedrío guíe su alma. No le pediré nada, solo los besos que usted me da, cuando el tiempo enemigo permite su visita. Son sus besos el agua que llevo para vivir por meses, en este desierto de una soledad en la que la ausencia, la lejanía y las soledades se convierten en un purgatorio, en el que solo agonizo de tristeza. Es su presencia tan mesurada y el lenguaje exquisito misterio, en donde ni mucho ni poco se dice, solo lo necesario para amarnos. Mi deseo inexorable, mi timidez para con esta guerra que nos separa como el gran océano.



Cerca al Palacio de la Carrera



epa usted que el tener miedo no es bueno, que mis besos lo único que desean es curarle de sus viejas heridas. No entiendo por qué nos tenemos tan cerca y permitimos que Cronos se lleve nuestros mejores años. ¿Acaso ya no es suficiente con esta imposibilidad de por medio? Llevo meses esperando a que podamos vernos, a veces pienso que su deseo hacia mí no es tan fuerte como dice tener; yo le digo que se escape para verme, y la distancia de palacio a mi residencia le parece a usted como cruzar la Cordillera de los Andes.

Espero que, cuando pueda verle, me diga si en verdad quiere que mi amor muera, seguidamente le prometo que marcho, aunque mi corazón se vaya derrotado. Pero dígame algo pronto, tenga la valentía de mirarme a los ojos, como si estuviera enfrentando a la diosa Medusa. Tendrá la posibilidad de libertar su corazón, si así lo desea. Dígame si ya no quiere mis besos; dígame, y me declaro en duelo en este preciso momento; porque la vida corre, mi señor, y usted puede correr de la mano de ella.

El reencuentro



llega el 15 de enero de 1830, con la esperanza de que hoy estará arribando a Santafé, Manuela mía. Su carácter siempre me saca este impulso. ¿Cómo no amarla? Si tengo difuso el recuerdo de la desnudez que se apodera de nuestro cuarto, sus manos que se aferran a mí como una niña huérfana, y luego, la tibieza de su corazón que inunda todo mi cuerpo; solo usted me hace temblar, y cualquier disgusto queda olvidado en sus brazos. Yo no quiero que usted se vaya, yo no quiero perderla. Dígame, ¿A qué horas paso esta noche? Mándeme a decir con Jonatás y estaré contando los minutos. Le prometo que correré las manecillas del reloj para llegar pronto a su encuentro, pues sé que el tiempo para los dos se acaba, alma mía.



Los pasos que él no escucha



l llegar a Santafé quise salir a caminar para mejorar mi ánimo, para entender que sus ocupaciones siempre serán primero que mi presencia, sin importar que sean largos inviernos sin vernos. Descubrí, mientras caminaba, el equilibrio del desamor y la bondad de esta añeja ciudad, y me detuve a mirar el carácter de las personas deambulando, que a su paso atropellaban a la mujer con su crío sentada en la acera. Vi caminar al loco decepcionado, cargando en sus hombros la pesada historia de su vida, vi cómo agarraba fuerte su cañamiza para que no fuera a salirse de él ningún sentimiento; a la cantante francesa que nunca conoció París, pero que soñaba ser rescatada de su soledad, algún día, por un amante

francés; vi cerca de la Catedral a los abuelos, suplicando monedas, mientras los chapetones exponían su indolencia. Yo sonreía con sarcasmo, mientras pensaba en la majadería de estos soldados realistas que, sin comprender, entregaban su vida por un rey que no conocían.

Nuevamente, me invade su sueño de patria y mi corazón se anima a seguir buscando el equilibrio de la bondad; todo eso me impulsa a seguir caminando en esta vieja ciudad de su mano, mi aliento condensa el frío de la ausencia y vuelvo, nuevamente, a entenderte, amor mío, y mi mal humor se va con el aire.



Padecimiento



e escribo para contarle que hoy en la noche pasaré a la Quinta. Ya sé de la visita que usted tuvo esta mañana por parte del doctor Alejandro Próspero Reverend. Todavía sigo con la esperanza de que, al cambiar de aires, su diagnóstico mejore. Inmediatamente que caiga la noche, yo misma iré a cuidarlo con todo el amor y la devoción que le he profesado a su vida. Tengo la fuerte convicción de que esto es solo una crisis pasajera de su salud. Quiero tenerlo entre mis brazos y decirle cuánto palpita mi corazón por usted, demostrarle mi afecto y mi lealtad hasta la muerte, que estoy segura, todavía está lejos de nuestras vidas.

Aunque usted siempre lo dude, mis reclamos solo están dirigidos a salvarlo de sus desmanes, los cuales han colocado en riesgo a su fortaleza en estos últimos días. Quiero rescatarlo de ese dolor

que le ha causado la guerra y de la soledad infinita a la cual se ha sentenciado por querer caminar en esta patria, que solo ingratitud le ha dejado.

He querido ser la amiga, su querida Manuela, entre las mil mujeres que por usted sucumben; ninguna de ellas me preocupa, aunque suena arrogante, porque sé que mi amor y abnegación, ninguna hasta hoy lo ha profesado, tan fervientemente como yo lo hago por usted. Aunque sé que jamás tendré un título en su corazón; escúchelo muy bien, no lo necesito, mi querido Bolívar. Mi afecto es distinto y ese mismo me ha hecho tenerlo ajeno al resto del mundo. La vida nos colocó todas las adversidades para encontrar nuestra libertad; esa libertad que solo hallamos cuando podemos tenernos por completo, en el más profundo deseo que nos mantiene con la esperanza de volver a rencontrarnos.



Diario de Manuelita



algo inmediatamente para amarlo, mientras mi pijama se arrastra con mis pies presurosos que van a su habitación, y la llama de la vela que llevo en mis manos baila hacia la dirección de mi aliento. Me he bañado con leche y miel; Jonatás me ha peinado mi largo cabello con agua cocida de rosas; todo poro de mi cuerpo huele a amor. Hoy quiero complacer a mi general y brindarle la alegría, esa tan similar a la gloria de una batalla. Hoy quiero besarlo para que su intimidad sepa lo que es colocar el alma, la dicha más allá de la muerte y del corazón vivo y palpitante de tanta espera.

Hoy quiero enloquecerme, pero no por la pérdida, sino por la insoportable sensación que su cuerpo me provoca con cada beso que se da antes de ir a la guerra, y en una contracción muscular y rítmica con la que su cuerpo contesta, antes de que llegue al

estado de indefensión más deleitoso. Le doy toda mi vida y solo la dicha de su intimidad logra subsanar tanta ausencia. Mi boca escribe en su cuerpo mil palabras que jamás podría pronunciar y que escribo en este diario, como la única forma de estampillar nuestros sentimientos por toda la historia.

Bolívar, solo mi devoción por su nombre, convertido en miel en mis cálidos besos, esos que le entrego, como si fuera el final de nuestro tiempo. ¡Cómo no amarle y sentirme complacida por la vida, aunque tenga en contra el destino y un final que ya ambos conocemos! Son mis pensamientos los que siempre imaginan el encuentro, a través de la tinta con la que escribo cada verso, para poder tenerlo con mis palabras, ya que sus brazos están ausentes, para estrechar su imagen sin ataduras; cualquier cosa distinta a este sentimiento, sería insignificante.



Decepción de patria



Querido señor mío, es urgente aliviar esta patria, que se desangra por el horror y la ingratitud de sus patriotas, que sin piedad me privaron de su amor y de largas ausencias que marchitaron la piel y el corazón con el paso de los años. Ahora me pregunto: ¿de qué valió tanto sacrificio? El clima inclemente solo dejó enfermedades en su persona. Usted ya está grabado en mis recuerdos y eso es más que suficiente; la conquista de una hembra, bajo estos agrestes caminos de la vida, que solo distancias han brindado, eso ya es suficiente.

Venga para amarlo, que mis ganas no se sacian ni con el viento que arranca hasta mi última célula. Cuando solo queda por abrir mi ventana, para que se refresquen los pensamientos libidinosos que por usted siento. Venga, que lo espero, ataviada como Cleopatra, para amarlo de pies a cabeza. Y no me importa si el Congreso no lo quiere escuchar, ya acudirán a mi señor, como de costumbre.





La renuncia



esde el 4 de mayo de 1830, veo triste al hombre que sigue girando en círculos, el que fue complaciente con el pueblo, sólo porque era admirado como los dioses, cargando en su corazón las más grandes decepciones; era él, mi noble Bolívar, representado en una sonrisa. Ciervo salvaje, inocente corazón que rebosa de fuerza ante cualquier peñasco, un viejo sabio búho, el que espera la noche inquieta para ver cómo todos lo devoran, pero creyendo firmemente en la libertad, hasta la muerte. Bolívar es un hombre sin sur, una brújula averiada tratando de buscar el norte, tan imperfecto como debería ser todo hombre.

Mi adorado Bolívar camina por donde los pies se sientan cómodos, que yo no voy a reprocharle nada, pues en mi corazón jamás podría habitar un sentimiento distinto al amor incondicional. No voy a reclamarle por su renuncia, era lo más justo a tanta desidia y falta de gratitud. Desde un principio supe que su sacrificio tenía que ver con su espíritu y con la enfermedad que ya padece su frágil cuerpo; No voy a amonestar las ausencias, pues la vida no nos alcanzaría para vivir lo poco que nos queda.

Despedida irremediable



s la noche del 7 de mayo de 1830, una noche en la que me arropo con la luna, mientras el sentimiento brota a través de mis ojos y debilita mis sentidos. ¿Por qué no viene a amarme bajo este Samán generoso que decidió abrigarnos? Mire que es el más lindo de la quinta. Quizás este sea nuestro último encuentro, quizás sea esta la última noche en donde nuestros corazones retumben como los tambores, anunciando el final de nuestras bocas. ¡Venga, recuéstese a mi lado y hágame creer que el mundo solo existe bajo este árbol, testigo de nuestro encuentro! Moriremos primero de amarnos hasta el cansancio, hasta volver anémica nuestra alma; después, iremos a la batalla y podremos soportar el sable que intenta rasgar nuestra carne. El alma quedará oculta en cada beso y abrazo, y solo el Samán podrá contar nuestra historia en el tiempo. Y con el viento que agite a este árbol, se moverán nuestros recuerdos, en sus hojas, por toda la eternidad.

Quiero decirle que fue prudente el sentimiento, o esta pelea con némesis, la que dejó las letras heridas. Una pluma rota y desgastada por mil cartas que me condujeron siempre al mismo silencio de meses eternos en los que no hablábamos. Es esta noche cuando me acuesto para esperar bajo las estrellas, que mi corazón se embarque en el último pálpito hacia la luna. Hoy me desperté en esta casa, llena de garzas y de chicharras que cantan mi despedida; hoy, mis ojos hinchados despiden el invierno, sin reaccionar a lo que sucede en el prisma de mis pupilas. Si no la hubiera conocido, jamás la habría amado tanto, Manuela: en las montañas, los valles, los ríos, el agua, y la vida que me impulsa a una batalla.

Mas allá de lo que es y de cómo es, usted es la existencia donde no se toca, donde no se reproduce algo más que no sea la ausencia de su nombre. Es la separación, o esta pelea con mi maleta, la que nuevamente empaco, mientras mis pies se alejan, huyendo de la ingratitud de esta Gran Colombia.

Aún sigue viviendo la imposibilidad de mi deseo, marcado por la distancia, todas las que llegan a mi vida después de usted, solo serán fantasmas en mi recuerdo. Sigo sosteniendo esta dificultad que no tiene más que su nombre; sigo vistiendo esta imposibilidad en mi cuerpo, el que se niega a sentir, mientras mi aliento apaga la libido. En contra de la naturaleza de mi cuerpo, que no atiende, sigo sosteniendo esta imposibilidad de usted, mientras que el lenguaje se disfraza de un cansancio que no quiere pronunciar un adiós para siempre.



Carta desde Guaduas



anuelita, es la palabra escrita y mi voz en estas cartas. Sepa usted que, para lo primero, soy bueno, para lo segundo, no tanto. Cuando la tengo muy cerca, mi boca decide callar; pero ¿quién dijo que el silencio no habla? Es solo la promesa que juré jamás romper, y no quiero que se sienta desahuciada de mi amor, porque creo haberle demostrado lo contrario. Nuestra pasión es tan lejana como la luna y el sol, pero cuando estos dos astros se encuentran, son un espectáculo para el hombre. Así es nuestra pasión: chispeante y desbordante, como el volcán que todo lo devora. No quiero a nadie en mi cama, ni bajo el abrigo de mi piel, solo es la ausencia, la que siempre se acuesta conmigo, y son los silencios prolongados en largos tiempos dilatados. Esta noche la quiero a usted, con todos los fantasmas, con todos los recuerdos que se niegan a abandonarnos, y su presencia, tan imposible, como todas las noches en la que usted no está a mi lado. Espero encontrarla en Sabanilla para que embarquemos juntos pues, ya sabe usted que mi ánimo es una marea de altibajos, debido a la enfermedad

que quizás pudiera causar una muerte repentina, a las células rebeldes y a mi cuerpo que se niega a vivir sin usted. Apresure su paso porque o si no, va a tener que lamentar el fracaso de sus pies enemigos, esos que solo buscan alejarla de mí. Sé que su viaje no depende de sus ganas, sino del interés y la respuesta del Congreso que tanto necesitamos. Tengo fe de que va a ser pronto porque ya no soporto estar sin usted.

Mi amiga incondicional, mi único amor perpetuado en una razón sin lógica, sostenida solo con el entusiasmo firme ante cualquier ataque del sentimiento; usted padeció mis ausencias y siempre me aconsejó frente a la ingratitud que el pueblo tenía para conmigo. Usted me rescató con sus besos de las decepciones que me llevaron a las tristezas más profundas. Las cartas que me escribió, desde lo más profundo de su corazón, me mantuvieron vivo hasta hoy, recordándome, con la ilusión de que algún día íbamos a ganar esta guerra. Ya le dije que no me gustan los amores común y corrientes, como en la batalla; si el enemigo le deja todo hacedero, la expectativa del asalto marcha pronto. ¡Venga y hágame creer que con sus palabras todavía sigo vivo!



Una esperanza



an sido meses esperando la respuesta del Congreso y temo no poder llegar a estar con usted para el mes de diciembre. He decidido guardar silencio, y no lo hago por mi voluntad; son noches en las que me cobijo con su ausencia, pero es inevitable que mi corazón no tenga ojeras de tanto desvelo. Su imagen camina gran parte de la noche en mi cabeza, negándose a apagar la vela que alumbra mis pensamientos, esos que me empujan a escribirle como único consuelo. Luchar con el sentimiento y morir con la patria que nos abandonó, con esta razón que maldigo y bendigo, el día que le conocí. He decidido no protestar más frente a este castigo, por todo y por nada, que usted me ofrece al irse —tan enfermo— lejos de mí; quizás mi abstinencia en el lenguaje se deba al inmenso desaliento que me dejó y del cual pensé salir ilesa.

Hoy estuve recordando un poco a mi padre cuando me dijo que, entre la presencia y la ausencia aparece la necesidad de amar. Fue la explicación que recibí cuando le reclamé, al darme cuenta que otra mujer ocuparía el lugar de mi madre. "La soledad" pensé...

y es el miedo a morir solos, cuando solos debemos morir; quizás necesitamos a alguien para crear nuestra propia existencia y que nos confirme que fuimos importantes. De eso se trata la vida, ¿verdad? Para saber que dejamos algo y a alguien quien nos despide con dolor.

Mi señor Bolívar, ahora entiendo el porqué de nuestro amor, a medias e inconcluso, lleno de distancias, reencuentros y despedidas, pues es lo único que nos ha sostenido. No lo quiero para curar mi soledad, ni para que atienda mis miedos, ni para que me despida cuando yo muera, tampoco para que venga a una casa conmigo; creo que en ese momento lo dejaría de amar. Usted no es un hombre común y corriente, y eso es lo que me ha hecho amarlo hasta hoy.



Un último suspiro



anuela mía, desde esta calurosa ciudad de Cartagena, tengo un impulso por ir a buscarle. Es ese sentimiento que inunda mi alma cuando mis ojos extrañan su presencia. Deseo que sus manos, en un abrazo profundo, estrechen pronto esta soledad asfixiante, y que mi último suspiro sea la señal de mi alma, derramándose a su lado. A pesar de la ausencia, de los meses, los cuales condenan a mis ojos al no verle, siempre termina ganando usted la batalla frente a este ejército de sentimientos.

Señora mía, usted es la única dueña de mis desvelos. Escúcheme bien, ni la fuerza de Zeus o de sus dioses míticos pueden compararse con el poder que tiene usted sobre mi persona. Mil años no son suficientes para desvanecer las marcas que sus besos han dejado en mi cuerpo. Adiós, mi buena amiga, sea prudente y feliz; esa es mi voluntad, pues esta enfermedad, y la decepción de haber perdido la Gran Colombia, no durará mucho en mi cuerpo.

Esperando ir a su encuentro



i señor Bolívar, hoy doy un paseo por el jardín de esta quinta a la que usted tanto extraña. Hoy la mañana huele a frío, a su ausencia, mientras cada gota de rocío se asemeja a este sentimiento húmedo, y esta pasión que mi cuerpo reclama. Recuerdo cada pedazo de su piel y el perfecto momento cuando mi boca le besó. Hay dos formas de perder la razón: cuando nuestros cuerpos se hallan inertes o cuando se desbordan a vivir. Y es en este último estado, en el que yo prefiero tenerle. Cuento los días para ir a su encuentro, sin pensar en las respuestas de este gobierno sin remordimiento y consideración por su persona. Espero que prontamente nada me impida sentir su presencia. Hago todos los días un mapa de su alma y con él navegó hacia su cuerpo, imaginándome liberar un mar furioso que luego vuelve a la calma y que nos muestra cómo vivir sin miedo; un mar, que acaba por llevarse nuestra vida.

No basta la alegría y el silencio en mis palabras. Me pregunta si me gustaría estar ya a su lado. Respondo, perdiéndome en la moral de mis actos. Sus objeciones y sus porqués me llevan siempre a un interrogatorio que me impide pensar con la vivacidad necesaria. Para amarle estoy dispuesta, para convencerle de que esto ya estaba escrito en un hilo pequeño de su vida.

La espera para que pueda volverlo a ver, responde a su pregunta: ¿Qué otra prueba de amor más quiere? Si los afectos que triunfan son aquellos que siguen estando vivos, a pesar del tiempo y la distancia... no hay más prueba que esa, Bolívar.



Para un noviembre



e preocupa ese largo viaje para usted. Espero que llegando a Cartagena su ánimo mejore y su salud retorne como la vigorosidad del río. Esta mañana hace un témpano aquí, en Santafé, mientras mi mala fortuna, como de costumbre, me obliga a abrigarme con el recuerdo de sus besos. La leña que calienta mi corazón supongo que debe alcanzar toda una vida, pues su adiós solo me dejó vacío y soledad; noches enteras en una yacija cubierta de nieve, en donde quiero morir hoy mismo: todo es hostil sin su presencia. El sentimiento nadie lo tendrá con la misma devoción, porque solo la existencia suya para mí, lo era todo. Ambivalente es el sentimiento, expuesto a las circunstancias que, por fortuna o desgracia, siempre vuelven al mismo estado, cuando toda mi alma viaja hacia usted. Por eso, le pido que se esconda detrás del viento, para que me siga besando con las palabras que, según usted, eran las mejores para perturbar a cualquier corazón, o para alcanzar la paz que tanto anhelaron nuestras almas.

La soledad es la bandera que izó nuestras almas, y el honor es la ausencia donde nuestras manos necesariamente convinieron, de su parte y la mía, sostenerse, inevitablemente, por la pluma que escribió nuestras palabras. Hoy no veo el ánimo y no quiero forzar el camino que le trae hacia a mí, anémica del sentimiento, desangrada por la falta de sus besos; espero navegar pronto por el Magdalena, hacia Bocas de Ceniza, para poder zarpar a mar abierto con usted.

Sé que afuera encontraremos un remedio que le aliente a no olvidar su estampa, pues yo sigo siendo optimista con su enfermedad. Mi señor Bolívar, dicen que la esperanza es la única que no se pierde y es muy cierto; la fe y la esperanza son dos virtudes inseparables para Dios, y un par de abismos para nosotros, cansados de vivir y de creer en un amor sin olor ni presencia.

Hoy ha llegado a mi cuerpo de mujer desnuda, un desconsuelo que me deja lastimada, al igual que el honor perdido de los soldados, ante la derrota. Han sido años difíciles para nuestra patria, cada batalla que usted ha librado lleva impregnado el afecto que se niega a entregarme en todas sus formas. Ahora entiendo por qué la triqueta siempre me ha indicado morir, nacer y vivir para usted, casi como una repetición ya escrita. Mis labios han entregado sin timidez cada uno de los besos sin restricciones. Bolívar, no le he hecho jurar promesas que eternicen la razón de estar a mi lado; lo único que le he profesado es la libertad y mi lealtad, la cual tengo miedo que me la arrebate la muerte.



Presentimiento



a nochebuena de 1830 pronto llegará, y yo recojo mis pertenencias. Hoy mismo me marcho de la Quinta, esta casa que nos albergó, mientras la incertidumbre acecha afuera de nuestro cuarto. Un altar en mi alma y la devoción en mi corazón. La falta de su cuerpo y de su espíritu me harán sucumbir frente a la vida, mientras la fe se quema como leña, con este presentimiento que tengo de no volverlo a ver. Siento que su alma siempre estuvo buscando la muerte en cada batalla, aunque usted nunca se dio cuenta de ello.

Ahora me marcho, cargando los pocos recuerdos que sostenían todo, recuerdos inevitables e inseparables a este equipaje que todos los días se hace más pesado, por un amor sin tiempo. Un sentimiento que representa la tristeza más profunda, como aquella que dejan los muertos al despedirlos en el último barco de las seis de la tarde.

Tengo el corazón en mis manos y puedo dejarlo escurrir en este preciso instante, o seguir empeñada en mantenerlo vivo, solo con eso que llaman la única esperanza, solo con la última imagen suya. Nuevamente, usted ha fusilado mi alma, y este sentimiento me lleva al panteón, donde no quiero vivir bajo la imposibilidad de su presencia. Ni una pluma traerá sus palabras, ni una brújula me mostrará el camino; nada de eso será suficiente para tenerlo de nuevo, mi señor Bolívar; la única certeza que tengo es este detestable sentimiento.







Cuando el alma se viste de luto



e Recibido hoy la carta del señor Fernando Bolívar. El aire y la vida se paralizan, en la medida en que mis lágrimas se van desplomando, quedando sorda la tarde en esta muda ciudad. La emoción se atraganta y los árboles quedan despintados en los recuerdos de los cuadros. En este silencio tan mío, escribo, mientras los fantasmas se niegan a retirarse. Lo tengo metido en mi corazón y en mi alma, donde mis silencios solo significan lo que mis pensamientos no pueden gritar. Mi corazón se estremece como la inmensidad de estas olas, olas que dejan a los barcos maltrechos en el Atlántico de Cartagena.

Leo esta carta desde la ventana, en la que veo esos barcos antes de que el sol muera, pero ninguno trae su presencia. Siempre son noticias trágicas las que arriban al puerto: que ha muerto Bolívar, ya cientos dicen. Yo llevo una pausa de tres días en la que rindo culto al mar, aferrada a la esperanza de que me lo devuelva. ¿Cómo me quejo de su amor ausente y que necesito? Ya que está en el Olimpo, ayúdeme a olvidar y vuelva amnésico mi sentimiento... ¡sería un acto de piedad para conmigo!

A la memoria de Bolívar



rente al mar de Santa Marta veo partir al hombre de cuerpo cansado, el que sucumbió por el sentimiento de la libertad, y de un pueblo que nunca podrá borrar su memoria. Bolívar procuró la libertad más grande, amando a lo ancho y a lo largo de la América; con Bolívar pude ser yo, "Manuelita Sáenz"; con Bolívar supe lo que es amar más allá de la retórica, pude valorar cada pedazo de la vida, conocí la lealtad y resignifiqué que el amor de un hombre y una mujer no es otra cosa más que una necesidad de un mundo.

Cuando me trajeron las noticias de su muerte, quise decir ¡basta!, basta con este amor que se disuelve entre mis venas, como el veneno más doloroso; hoy quisiera decir ¡basta!, basta con este dolor que me desgarra, sin piedad, el alma. Todos estos meses he tenido la esperanza de morir pronto, de levantarme un día cualquiera y haber borrado su imagen en una oscuridad perpleja, en el que la falta de sus besos, no me recuerden esta realidad dolorosa.

Me da miedo caminar en esta oscuridad perpetua sin Bolívar. Mi pensamiento sigue transitando de la mano suya, como una bendición de su existencia. Hoy quisiera esquivar la realidad del tiempo; cerrar mi corazón con mil puertas, con candados que no tengan llaves para que su recuerdo no entre, como el huracán, a seguir desbastando la morada de mis sentimientos. Bolívar, hoy el sentimiento se levanta como una voz de protesta para decirme que soy inocente; hoy, mi razón se defiende de las heridas que han dejado su adiós. Hoy, la biología de mi cuerpo no me ayuda mucho; me duele, me quema, le siento y le anhelo con toda mi alma, la cual está muriendo con usted.

Su muerte ha sido más dolorosa que vivir sin respirar. Hoy, mi cuerpo no tiene rumbo y no sabe por qué camina. Su amor se llamó sacrificio y lo vi en los ojos de Bolívar cuando lo conocí allá en Quito, cuando supe que, entre nosotros jamás iba a haber una elección. Hoy enfrento las mil tormentas; pero no allá afuera, sino aquí adentro, luchando con los sentimientos que,

irremediablemente, fueron mi condena. Y su silencio es como una voz que a gritos lleva mi mente, y su ausencia me coloca al otro lado del mundo, en donde no tengo presente su imagen, negándose mis ojos a ver algo más, aun sabiendo que estoy condenada al olvido. Todos los días lucho para liberarme de este dolor, que me pone a prueba frente a lo que siento por su espíritu, y fue mi pago para poder sentir por primera vez sus besos, porque ninguna leyenda de amor se concibe desde la conquista con un final feliz.

Hoy amanecí rota por la falta de sus besos, por estos meses de ausencia que el tiempo se lleva sin retorno alguno. Hoy, mis lágrimas acompañaron esta lluvia incesable, como este dolor, rebelándose mi alma como señal de protesta a la falta de todo. Hoy rezo para que su memoria me ayude a morir definitivamente, porque desde que partió, mi alma ya no mora en mi cuerpo.



Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

Hacia el exilio



oy el calendario marca el 31 de marzo de 1831, y después de tantos meses de su ausencia, le escribo a su memoria para decirle que viajo a Jamaica; James ha puesto todo su empeño para recuperar el amor que nunca ha tenido, usted más que nadie sabía del desamor que había sembrado entre los dos, de mi tozudez sin remedio y de mi gran admiración y paciencia solo hacia usted. El domingo embarcamos en el puerto de Guayaquil. Presiento vientos de revolución, junto con este amor eterno y dispuesto a soportar las tormentas que en altamar me esperan.

Yo pensé que al volver a Santafé no iba a morir por sus recuerdos y no fue así; por el contrario, encontré a mi corazón como el cementerio, lleno de palabras muertas que solo conocían de la tristeza, mientras que las telarañas se desmoronaban por las gotas de agua que caían de mis ojos, como los tejados viejos.

Hoy estoy segura de que no perdí el tiempo, viví cosas muy gratas en Santafé, defendí mi libertad y descubrí esa capacidad infinita de amar. Querido mío, yo sigo peleando con una sombra sin cuerpo, con un recuerdo que jamás encontrará la amnesia; hoy he decidido no pelear más, colocar mares de por medio. Mañana partiré y con tristeza dejaré su nombre, dándole posibilidades a la esperanza, esperando que su Manuela se pierda con el viento.

En la madrugada de julio arribé en el Puerto de Kingston. Pensé en la imposibilidad y en este sentimiento ambivalente. Recapacité en la vida sin usted, y en no poder abrazarlo, después de un viaje tan largo y lleno de cansancio, en donde solo me esperaba la soledad, allá sentada en el puerto; en no poder mirarlo nunca más, en no poder contemplar sus sueños de niño huérfano. Esta imposibilidad en la que se convirtió mi vida sin usted: he tenido que luchar contra mis recuerdos y las ganas de su presencia. Solo me queda embriagarme con el vino y sepultarlo en el aire que traen sus recuerdos.

Hoy me han traído noticias de la Gran Colombia, espero que todos estos años de sacrificio hayan traído bienaventuranza a

nuestra tierra. Quiero contarle a su memoria que he aprovechado esta ciudad para vivir intensamente, a pesar de mis carencias económicas y mi gran falta de su presencia; he leído libros, he escrito mil cartas, pero la vida aquí en Jamaica es muy triste. Todas las tardes, como de costumbre, voy al cafetín que está cerca de mi casa, y después de tomarme una taza de café amargo, con sabor a soledad, regreso a mi morada para escribir y hacer el amor con las letras, pues ya sabe, mi querido Bolívar, que estas son las únicas que saben excitarme desde que la muerte me negó su presencia.

¡Lo extraño y lo deseo tanto, que tengo un afán inmenso de regresar a Quito para avivar este recuerdo! Lo único que puedo, es no reemplazar sus besos; fueron pocos, porque así lo quiso usted. Ya tampoco me interesa besar a quien podría llenarme la boca solo de polvo. Lo extraño a cualquier hora del día, por ejemplo, en la mañana cuando tomo mi primer sorbo de café o a las tres de la tarde, cuando mi mente está cansada de tanto tejer con sus recuerdos. Lo extraño, porque los besos fueron escasos y la abstinencia larga. Espero que algún día un doctor pueda darme un frasco, de esos que están cubiertos de telarañas y guardados en sus consultorios, y que necesito beber, para curarme de la vida.



Esperando la muerte



olívar, aquí estoy, viviendo en su alma, en la eternidad de un beso insoportable que se niega a sanar, como el tatuaje que sigue en carne viva. Usted reside en mi cuerpo y en cada célula que con el tiempo se regenera; siempre reproduciéndose en mi memoria, en mi sangre, hacia el mismo sentido, en cada minuto de este halo de vida. Amor mío y del tiempo, y de nadie más, y del recuerdo perpetuo, por los años épicos de cada página de estas cartas, sin comienzo ni final. Acuda esta noche a mis aposentos, en el último momento de mi muerte; aquí le seguiré esperando.

Mi mano tiembla, mientras mi pluma escribe con ese afán de que llegue pronto mi mensaje al purgatorio, en donde habitan las almas. Bolívar, aquí le espero, navegando sobre este mar sin agua, en este día sin noche, con esta hambre sin apetito, ¡venga pronto a recoger esta difunta en vida!

Melancolía en el tiempo



is pasos se van borrando, Bolívar. Mi corazón es una brújula para ir a buscarle; solo llevo conmigo una cobija en donde está el mapa de los sentimientos, y el alimento es mi rebeldía; aun sabiendo que yo no soy buena en cartografía, eso no me detuvo nunca. Recorrí los caminos que me llevarían a sus brazos, sin ningún éxito, ya que en cada momento me desviaba más del camino. Llevo cuarenta días y cuarenta noches de una búsqueda que se percibe más distante, y el tiempo se acaba en un montón de caminos que me regresan al principio.

Cada día hay más arrugas, más decepciones, más segundos y un mapa menos nítido en la cabeza. Mi señor Bolívar, han pasado años desde su partida. Hoy le escribo, como siempre, porque he necesitado de sus brazos. Sí, sé que estos ya no están para curar el dolor de mi cuerpo, para mí eran la mejor medicina. Esta noche tengo uno de esos insoportables dolores. Siento que los años se han vuelto más intensos, y tomaría mil remedios y ninguno me curaría de su amor.

Hoy las noticias no son buenas y afuera llueve, mientras la peste acecha sigilosa; nuevamente, el tiempo viene a declararnos la guerra, como un enemigo invisible; supongo que desde Europa ha llegado la peste en alguno de esos barcos, mientras la historia olvidada de los indios se repite.

Bolívar, quizás en este momento lo que más apremia es el encanto y la belleza que hoy, a mi edad, advierto, se acaba. Tengo mucho miedo de no poder besar de nuevo con la pasión que mis labios me reclaman. Tengo miedo de que mi corazón se marchite en este encierro, en donde me pierdo sin su amor. Tengo miedo de padecer la enfermedad que marchita lo más maternal de las señoras y señoritas de esta época; no olvide usted a este espíritu que le aguarda, con la esperanza sigilosa de verle prontamente, con el último aliento marchito.



Añoranza



Querido mío, hoy recuerdo la época en que mi valor no me permitía escuchar la razón, la que tanto me previno de quedar sin un lugar en la memoria de los hombres. En defensa de usted, muchas veces me armé como una fiera, sin medir las represalias del más egoísta sentimiento que despertó en la Gran Colombia. La compasión conmigo, el destino nunca la tuvo, y el tiempo jamás se inmutó por detener esa enfermedad que secó, poco a poco la sangre en mis venas, y que terminó por marchitar mi alma en las mil batallas por usted.

Yo seguía con la idea fiel, sin importar si usted era luz u oscuridad, en un camino lleno de adversidades y abandono, el que me dejó sin fuerzas y sin valor; sus actos siempre atentaron contra mi vida, pero jamás pude renunciar a un sentimiento que no fuera distinto a su amor.

¡¿Cómo no amarle?!, ¡¿cómo no sentirme atraída por las cualidades de su intelecto, terco y poco austero a la hora de tomar decisiones?!, aunque conocerle, trajo un destino ácido y dulce en mi sangre ¡¿Cómo no ir en contra del norte y de un inevitable desenlace?!, pero su presencia para mí siempre fue un deleite.

Por muchos años, en mi cabeza cincelé su imagen, aunque esta misma siempre se halló muy lejos de mis ojos; reinventé mi soledad con la tinta en la que dibujé su nombre. Muchas noches, la memoria quiso morir en mí. ¡¿Cómo no evocar en cada verso su presencia, si eso fue lo que viva me mantuvo el afecto, y un amén en mi corazón?!



Tristeza



Querido Bolívar, la belleza no es suficiente cuando la vida se empeña en poner mil obstáculos y un pedazo de tiempo, sin horas y segundos. El conocimiento no es garantía de encontrar esa felicidad correcta y cristiana, atestada de sacrificios. La culpa de amarlo es tan grande que quisiera desprenderme de mis ojos, esos culpables de haberle visto, cuando lo que debí fue cortar mi cabeza del corazón. Este dolor que es tan fuerte como el silencio de su voz, este amor prohibido que me deja morir sin sus besos, y la paciencia ante este sufrimiento que me lleva a desear la parca... Su voz que todavía escucho y su imagen, como un mal sin remedio. Y este dolor que no me deja respirar, tan fuerte como el silencio de su voz, como el remedio de la palabra que no existe.

Escanea este código QR
para escuchar la lectura aquí.

Recogiendo sus pasos



yer me visitaron sus hermanos; esos que todavía saben tratar a la mujer como en la diarquía. La sonrisa de ese hombre que me invitó a guardar por siempre los secretos en pasos perdidos, y la moral bajo un juramento que me recordó lo maravilloso de preservar su amor, aunque ya estuviera muerto. La voluntad de no complacerme, para que siga su olor viviendo en mí, sin importar hace cuánto marchó.

No obstante, la primavera ha vuelto a nacer en mi corazón, pues creo que el río de esta pasión, al final, terminará uniéndose al océano de su memoria. Mis sentimientos se han deshelado y yo me encuentro de maravilla; una de estas noches me dejaré caer sin remedio, hasta que la muerte venga por mí.

Amanece en este valle, mezclado con el azul cinturón del mar, pareciese que el mundo le extrañara; las garzas están bailando en

la cresta de las palmas, siguiendo el sonido que viene del oriente, mientras la serranía sigue guardando su luto. Ha pasado casi un año y yo, sin querer marcharme, de este lugar. Tengo la esperanza que todavía flota su aliento por este cuarto. El riachuelo de agua en el jardín se combina con mis lágrimas de sal, mientras los ojos condensan estos sentimientos, y hacia el sur está el camino que debí tomar hace muchos años, pero el amor que por usted tengo, siempre me retuvo, como los marineros que entregan toda su vida al mar, hasta que llegue una muerte irremediable.

Ya sabía que era usted el que partiría primero, sin saber que al final íbamos a morir ambos, usted primero, porque su presencia partiría antes, y yo después al no tenerlo; igual yo moriría en desventaja.



Arrugas en el tiempo



s septiembre de 1856, y mi querido Bolívar siempre prendido en mi corazón, llevando en mi memoria el día que nunca quise que llegara. Miedo a que la muerte me arrebatara su presencia, como maldición de un amor eterno y ausente. Nunca la vida tuvo un solo acto de piedad para conmigo, al contrario, siempre se interpuso con el ímpetu de los días y meses, dejando malherida mi alma.

Hoy estoy aquí, sentada en el puerto de Paita, donde huele a su memoria y me presenta cada tarde la más hermosa puesta en escena, llamada final de la tarde. Yo soy testigo de cuando el sol baja el telón, y es entonces cuando aparece en una segunda escena: voluptuosas mujeres de la noche, presumiendo sus profundos escotes y gritando ser amadas, mientras los ojos castos de los transeúntes quedan enceguecidos por una lujuriosa curiosidad.

Me siento justo al lado de la banca que mira la luna y el viento llega a enredar mi pelo entre los labios. Ahí es donde presiento que el aliento de su boca se enreda en mis besos. Algunos jóvenes pasan

y me sonríen, en un gesto de amabilidad para con esta abuela, mientras la brisa trata de levantar mi falda arrugada, al igual que estos años. Pediría a las estrellas que me dieran nuevamente tiempo, nuevamente vida, pero entonces recuerdo que ya están muertas, y que su luz solo ha viajado por miles de años, pero que ya no existen. De repente, escucho una voz que se pierde por el sonido del mar, la cual me avisa que ya es tiempo de ir a dormir, es en ese momento cuando se acerca la señorita de pómulos rosados, de la que no recuerdo muy bien el nombre, me ofrece su mano y me lleva a dormir en una fila de camas blancas en donde se observa esconderse, sonámbulo, el recuerdo de mi Bolívar.

Y fui exiliada de Quito, de Perú, de Colombia y de cualquier lugar que tuviera su nombre. Fue un amor perpetuado a través de nuestras cartas, los encuentros pocos, y las distancias enemigas del sentimiento. Si algún día se me acerca un marinero, podría contarle que usted estuvo más allá de cualquier palabra inventada, le contaría que usted fue el que vino a libertar la patria, a pintar las noches de soledad, que llegó provocando incertidumbre; le

contaría que nunca tuve sus besos, pero que fui su Manuelita; le diría que, con cada palabra suya, su memoria me llevó para siempre, que nunca tuve una noche segura en la que pude dormir en sus brazos.

De Bolívar conocí la sonrisa y las dulces caricias convertidas en nostalgia y en el alma, como lienzo, quedó transcrita cada una de las palabras para transitar lo desconocido y lo irreal. Natura arrugó mis manos y detuvo mi corazón, llevándome a una libertad infinita.



Despedida de la caballeresa del sol



a penumbra de esta ciudad no me ha dejado ver el sol durante meses. Llevo varias semanas con una tembladera en los pies y en las manos. Al principio, Jonatás hacía cuanto remedio encontraba con las plantas del viejo jardín marchito y seco, el que no volví a cuidar desde que usted murió. Ya sabemos que no es difteria. Siempre le dije que deseaba morirme a los cincuenta años y usted se reía de mí, mientras yo anhelaba esa sonrisa como despedida el día de mi muerte. Presiento que ese día ha llegado y el anhelo en mi corazón se viste de gloria porque pronto voy a estar a su lado.

El miedo a morir jamás podrá igualarse al miedo a vivir y, especialmente, para los dos, que fuimos acobardados siempre por los sentimientos. Un claroscuro ven mis ojos y la cadena de tristezas y de amarguras se va rompiendo. Las voces se van apagando y nuevamente puedo sentir que estoy en sus brazos.



Este libro se terminó de editar
y publicar en octubre de 2026 por
el Politécnico Grancolombiano
en Bogotá, Colombia.

En las sombras de un héroe ausente teje una historia donde la nostalgia, la memoria y la pasión desafían las barreras del tiempo. A través de una prosa íntima y evocadora, la autora recrea el universo epistolar de Manuela Sáenz y Simón Bolívar para adentrarse en los laberintos de un amor marcado por la distancia, la guerra y la imposibilidad.

Esta obra es mucho más que un recorrido por la gesta independentista de América Latina; es una inmersión profunda en los matices del sentimiento amoroso. Desde la idealización y la devoción inquebrantable hasta la frustración, el reclamo y la soledad, Manuela se alza como una mujer transgresora que lucha incansablemente contra el olvido. Entre cartas apasionadas, sueños compartidos y la dolorosa espera del regreso de su amado, su voz se convierte en el testimonio vivo de una entrega absoluta.

Prepárate para transitar los recovecos de un afecto que trasciende la historia oficial para instalarse en la hondura del alma humana. Una invitación imperdible a cuestionar los límites de la pasión y a descubrir cómo las palabras, cuando brotan del fondo del corazón, logran vencer a la muerte y al tiempo.

POLI
POLITÉCNICO GRANCOLOMBIANO
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

CREA
Centro de Recursos y Experiencias para el Aprendizaje

9 786287 840324